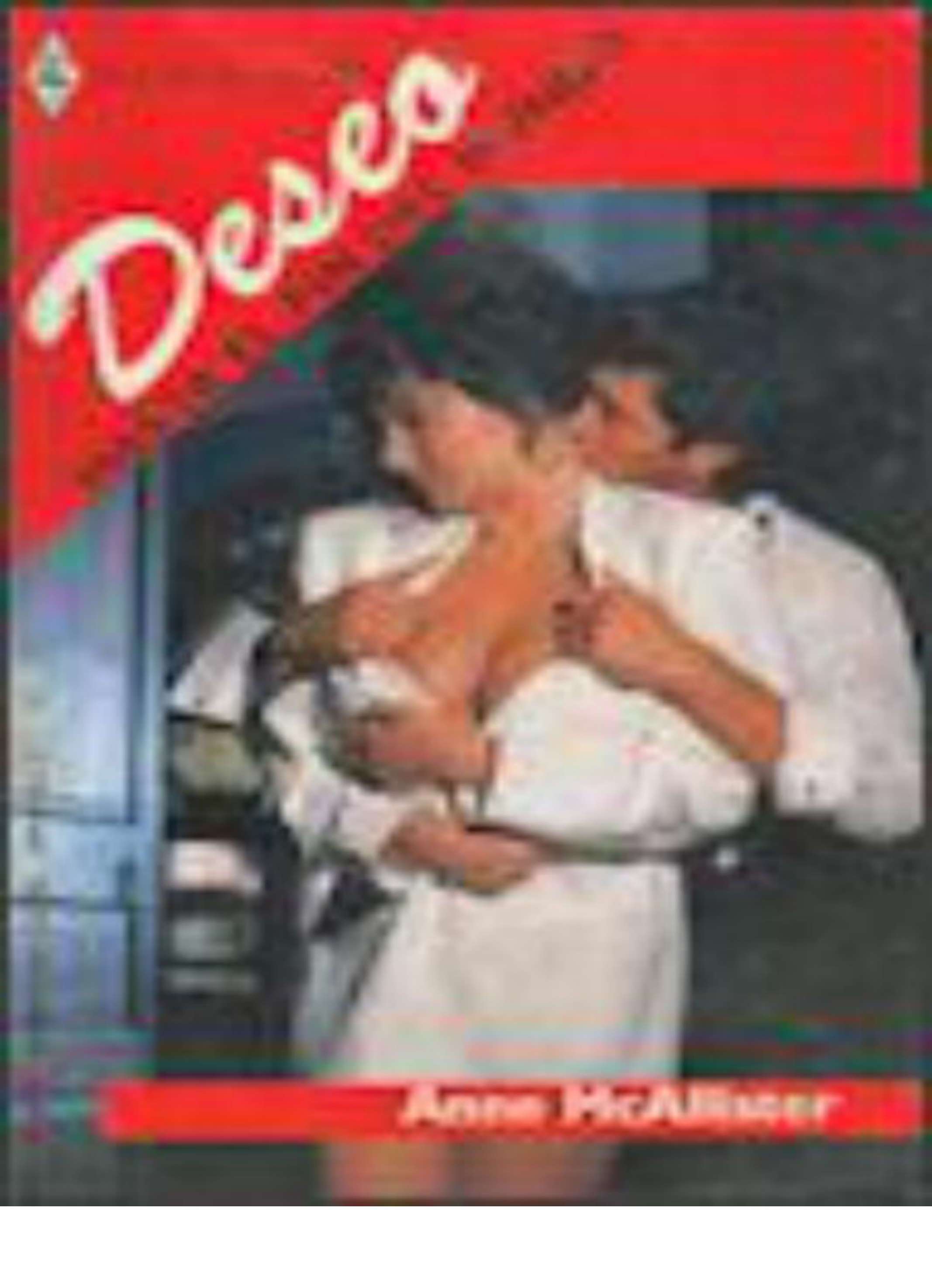

Deseo
Anne McAllister

Hasta el fin del mundo
Anne McAllister
12º El código del Oeste
Hasta el fin del mundo (2002)
Título Original: A cowboy's pursuit (2002) **Serie: 12º El código del Oeste**
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1164
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jace Tucker y Celie O'Meara
Argumento:

Jace Tucker, el ídolo del rodeo, estaba enamorado de Celie O'Meara desde el día en que se conocieron. Pero era la novia de su amigo.

Cuando su amigo dejó a Celie plantada en el altar, ella culpó a Jace de llevarlo por el mal camino: Celie pensó que para los seductores despreocupados e inconscientes, Jace era el modelo a seguir. Así que, cuando volvieron a verse, ella escapó a miles de kilómetros.

Pero Jace se puso su sombrero de vaquero y fue tras ella. Estaba decidido a convencerla de que estaban hechos el uno para el otro, y dispuesto a seguirla hasta el fin del mundo. ¡Nunca imaginó que tendría que hacerlo!

Capítulo 1

La puerta de atrás de la casa se cerró de golpe, despertando a Artie Gilliam que estaba durmiendo la siesta en el salón. Parpadeó, miró al reloj y frunció el ceño, al oír que alguien atravesaba la cocina y se encaminaba hacia donde él estaba.

—Has venido un poco pronto a comer —dijo él cuando Jace Tucker apareció—.

¿O es que se me ha parado el reloj?

—No he venido a comer —dijo Jace. Llevaba las manos metidas en los bolsillos y andaba cabizbajo de un lado a otro. Al llegar al final de la habitación se detuvo y se volvió—. Ella ha vuelto.

—Ella —repitió Artie con interés. No era una pregunta. Sabía bien a quién se refería.

Para Jace no existía ninguna otra mujer en el universo que no fuera Celie O'Meara. Claro que jamás lo habría admitido explícitamente delante de Artie ni de nadie.

Artie suspiró y agitó la cabeza.

Jace mal interpretó el gesto y le aclaró quién era ella.

—Celie —dijo.

—¡Ah! —respondió Artie, tratando de fingir que era una información novedosa

—. Qué bien.

Jace se tensó y continuó dando vueltas de un lado a otro de la habitación.

—Pensé que estabas deseando que llegara —dijo el anciano.

Jace frunció el ceño y no contestó.

Pero lo cierto era que todos los días desde la partida de Celie le había preguntado a Artie por ella y su familia nada más llegar de trabajar de la tienda o de entrenar a caballo.

Todos los O'Meara se habían ido a Hawai hacía diez días a la boda de la hermana de Celie, Polly, con Sloan Gallagher.

—Seguro que te alegras mucho de verla —dijo Artie.

—Me alegraría si no hiciera tonterías.

—¿A qué te refieres? ¿No habrá montado ningún escándalo en la boda? — preguntó Artie.

Todo el mundo sabía que Celie había estado encaprichada con Sloan Gallagher, un vaquero convertido en estrella de cine, que no la había correspondido con su mismo entusiasmo y que había acabado convirtiéndose en el marido de su hermana.

—Pero, ¿se ha comportado como era debido o no?

—Supongo que sí —respondió Jace.

—¿No habrá vuelto a perseguir a Matt Williams? —preguntó Artie.

Matt Williams la había dejado hacía diez años, cuando Celie tenía

veinte.

Aquel rechazo había dejado una profunda herida en Celie y le había provocado una desconfianza total en los hombres.

Después de aquello, había llenado su vida con vídeos y revistas y se había pasado diez años soñando con Sloan Gallagher.

Desde que Matt la había abandonado, no había tenido ni una sola cita. No hasta que en febrero había decidido ir a una subasta benéfica a pujar por Sloan.

Artie esperaba que aquel nuevo sueño fallido no la hubiera llevado a pensar en Matt otra vez.

—No.

—Entonces, ¿cuál es el problema? No me digas que ya estáis peleando otra vez.

No era un secreto que Celie y Jace no se llevaban bien. Por supuesto, era Celie la que no congeniaba con Jace, pues siempre lo había considerado el causante de su ruptura con Matt.

—Jace es el modelo de Matt —había dicho ella desde el principio, dando a entender que este seguía los preceptos que aquel imponía y que no eran los mejores.

Y no andaba totalmente desencaminada, porque, en cuestión de mujeres, Jace no había sido, precisamente, un ejemplo a seguir.

Sin embargo, en los últimos meses, Artie había notado un cambio en los hábitos de su empleado pues siempre volvía a casa, nunca lo hacía borracho, y no se llevaba ninguna chica.

Era fiel a Celie, aunque ella no lo sabía.

Pero Jace no era el tipo de hombre que podía dejar adivinar fácilmente sus sentimientos.

—¡Siempre estáis igual! —dijo Artie agitando la cabeza de un lado a otro—.

Solo la has visto unos minutos esta mañana, y ya habéis discutido. ¿Qué es lo que te ha hecho enfadar esta vez?

—Se va.

—¿Qué?

—Lo que has oído. ¡Se va! —dijo Jace con una mezcla de rabia y angustia. Soltó el sombrero con ira sobre la mesa y se sonó los nudillos.

—¿Qué quieres decir? ¿A dónde se va?

—¿Te acuerdas de aquel crucero para solteros que hizo?

Claro que lo recordaba. Después de su fallido encuentro con Sloan, había decidido superarlo marchándose en un viaje.

—¿Para qué necesita irse a un crucero de esos? —preguntó Jace sin parar de moverse de un lado a otro.

—Eso, ¿para qué, cuando tiene aquí a un tipo que la quiere? —murmuró Artie.

Jace se detuvo de golpe. Se volvió hacia Artie y lo miró fijamente.

—¿De qué demonios estás hablando?

Artie no se acobardó.

—A mí me resulta obvio y patente.

Jace se tensó, pero no trató de negar la evidencia. Dio una patada al aire y farfulló entre dientes.

—Es lo más estúpido que se puede hacer.

—¿Te refieres al crucero o a estar enamorado de Celie? —preguntó Artie con una sonrisa.

—¿Tú qué piensas? —respondió Jace.

—Pues que esos cruceros deben de ser carísimos y que me parece una tontería que se vaya.

—Se lo puede permitir si la contratan.

—¿Contratarla?

—Eso es lo que ha venido a decirme esta mañana. Que se iba dentro de una semana. Ha conseguido un trabajo en un crucero —Jace se puso a imitar a Celie—.

«Ya no voy a molestarte más en una buena temporada».

Dio un puñetazo sobre la mesa para puntualizar la última parte y a Artie no le gustó el efecto que ese sobresalto tenía sobre su corazón. Pero, sobre todo, le preocupaba ver a Jace así, pues nunca sabía cómo iba a reaccionar o qué se propondría hacer. A pesar de sus noventa y un años, Artie recordaba perfectamente la intensa emoción que se sentía cuando se amaba a una mujer y cómo era una fuerza capaz de hacer que un hombre cometiera todo tipo de estupideces. Él también había hecho aquel tipo de cosas en su momento.

Aquel era uno de los motivos que lo habían empujado a contratar a Jace, después de haber sufrido un ataque al corazón. Quería darle una oportunidad.

Pues, aunque Celie tenía su propio negocio, una peluquería en la que, además, se daban masajes terapéuticos, y donde Sara, su sobrina, alquilaba vídeos, muchas mañanas iba a la tienda a ayudar a Artie.

Así era Celie, una muchacha amable y generosa que siempre pensaba en los demás, capaz de ayudar a un hombre mayor que la necesitaba.

Al darse cuenta de que a Jace le gustaba Celie, había decidido colaborar un poco, dándoles ocasión de estar juntos.

Jace se había hecho cargo de la tienda durante el tiempo que Artie había pasado en el hospital. A su regreso, el anciano había actuado como si estuviera más débil de lo que estaba, para instarlos a que continuaran colaborando en la tienda y así darles tiempo de que se encontraran definitivamente.

Pero eso no había ocurrido.

Eran demasiado cabezotas. Por un lado, Celie insistía en ver a Jace

como el mismo muchacho que era a los veintitrés años, y él se negaba a admitir abiertamente lo que sentía por ella.

Llevaban ya cinco meses trabajando juntos y las cosas iban de mal en peor.

Quizás, aquel nuevo trabajo haría reaccionar a Jace de una vez por todas, y lo empujaría a decir lo que tenía que decir para evitar que ella se marchara.

—¿Y bien? —le preguntó Artie—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Jace agarró su sombrero y se lo puso bruscamente.

—Me voy a emborrachar —dijo furioso—. Y a buscarme otra chica.

Se dio media vuelta y salió dando un portazo.

Arde suspiró y agitó la cabeza. La juventud no sabía sacarle partido a la vida.

Celie O'Meara recordaba que había estado desde niña prendada de la idea de enamorarse y casarse. De pequeña siempre jugaba a ser una esposa y una madre, mientras que sus hermanas, Polly y Mary Beth, jugaban a los vaqueros y a los médicos.

Tenía que admitir que, cuando a los diecinueve años se comprometió con Matt Williams lo hizo más por ese deseo obsesivo que porque realmente lo amara, o él la amara a ella.

Se había sentido totalmente desolada cuando la había abandonado, pues todas sus esperanzas y sueños se habían desmoronado. Se había visto como una necia. Aún peor, como una fracasada. Pues, a ojos de Celie el rechazo de Matt había sido un público reconocimiento de que no era una mujer capaz de satisfacer a un hombre.

—Lo que tienes que hacer es conocer a otros —le había dicho su hermana Mary Beth.

—Mejores que ese —había sido la opinión de Polly.

—Lo que te ha ocurrido es como cuando te caes de un caballo —había dicho Artie Gilliam—. Enseguida tienes que levantarte y volver a montar.

—Ya encontrarás al hombre adecuado algún día, no te preocupes —la había animado su madre.

Pero Celie ni siquiera quería buscar a alguien. Ya se había sentido humillada una vez. Había confiado en Matt, le había entregado su corazón y él lo había tirado a la basura.

No obstante, y a pesar de su promesa de no volver a confiar en un hombre jamás, sus sueños de amor y matrimonio no habían muerto. Y, aunque había desistido de intentarlo con hombres reales, había sucumbido a los hombres de sus fantasías.

Ese era el caso de Sloan Gallagher.

Sloan era exactamente el caballero de sus sueños: guapo, fuerte, valiente, decidido, listo y sexy.

Y, sobre todo, no suponía un peligro.

Lo había visto siempre en el cine o en la televisión, había leído sobre él en revistas, y se había permitido imaginar lo que sería estar casada con él. Carecía de peligro alguno, pues era inalcanzable.

Hasta que Sloan decidió asistir en Elmer a la gran subasta benéfica de los vaqueros de Great Montana para salvar el rancho de Maddie Fletcher.

En ese momento, el mundo de los sueños colisionó con el mundo real, pues lo que hasta entonces solo había sido una fantasía, podía convertirse en realidad.

Durante semanas antes de la subasta se había sentido atormentada por la posibilidad y el reto que suponía. Y, mientras peleaba con aquellas sensaciones, llegó a darse cuenta de lo vacía que estaba su vida.

Podría haber obviado aquel sentimiento, de no ser por Jace Tucker. Porque podía ignorarse a sí misma, pero le resultaba imposible ignorarlo a él.

¡Nadie podía ignorar a Jace Tucker!

Era demasiado vital, demasiado intenso, demasiado… demasiado todo.

Recordaba con toda claridad como, desde niña, nunca había dejado de estar presente en su vida, llamando su atención. Y tenía que reconocer que era fascinante, más grande, más fuerte, más rudo que todos los demás.

Pero a diferencia de sus hermanas, Celie jamás se había sentido cómoda en compañía de los vaqueros. Por eso, le había gustado Matt, porque no era tan brusco, era mucho más suave, más gentil.

Pero Matt la había rechazado.

¡Y había sido por culpa de Jace Tucker!

Aquel verano, al regresar del rodeo Wilsall, Matt le había dicho que, hablando con Jace, había decidido viajar un poco con su amigo antes de atarse a ella.

Al principio, Celie no se había preocupado. Le había parecido una buena experiencia.

—No te dejes llevar demasiado por Jace —le había advertido.

Y Matt le había respondido con una carcajada.

—No te preocupes.

Pero sí tuvo de qué preocuparse cuando dos meses después y quince minutos antes de la ceremonia de su boda, Matt no apareció.

—Dice que todavía no está preparado —le había dicho Jace.

—¿Qué quiere decir con eso de que «no está preparado»?

—La verdad… la verdad es que dice que no puede hacerlo. Que tiene aún muchos sitios a los que ir, cosas que experimentar, que ver…

Celie se había quedado sin palabras.

Incrédula, se había quedado con la mirada fija en el teléfono, mientras cien personas esperaban a la puerta de la iglesia.

Su madre llevaba varios minutos llamándola, diciéndole que colgara de una vez y bajara. Su padre miraba sonriente a su hija.

Pero ella no le había devuelto la sonrisa, se había limitado a mirar al teléfono, escuchando a Jace Tucker.

—¡Por favor, Celie, di algo!

—Es una mentira —había contestado ella, convencida de que Jace Tucker podía tomarse un matrimonio a sorna. Así era Jace.

—No, Celie —le había dicho él en un tono definitivo—. No es una mentira. Matt no va a ir, no quiere casarse. Cancela la boda.

Mortificada, había colgado y había hecho exactamente lo que Jace le había indicado, cancelar la boda.

Pero una rabia indomable se había despertado dentro de ella contra él, por su impaciencia, por no haber dicho ni tan siquiera «lo siento».

¿Por qué habría de haberlo hecho? Estaba segura de que Jace Tucker pensaba que era una perdedora, alguien que no valía la pena, y había acabado por convencer a Matt.

¡Él había influido en su prometido!

Celie todavía le guardaba rencor y, no solo por aquello, sino porque cada vez que lo miraba se acordaba de su fracaso.

Ella no era la persona que había querido ser. Se había convertido en una buena mujer de negocios, pues tenía el único salón de belleza de Elmer, y una tienda de alquiler de vídeos. Trabajaba como voluntaria en la biblioteca, era la tía de seis sobrinas y un sobrino, y la persona a la que Sid, el gato, quería con pasión.

Pero no tenía novio, ni marido, ni hijos.

No era ni una esposa, ni una madre.

La habían rechazado, y cada vez que veía a Jace Tucker se acordaba de eso.

Durante los últimos diez años no habían tenido mucho contacto, pues los vaqueros como él no se acercaban a los salones de belleza.

A veces pasaba todo un año sin que lo hubiera visto.

Por supuesto que sabía de él, de cómo iba en los rodeos. No era un campeón nato, como Noah Tanner, pero había logrado llegar a varias finales nacionales y aquella temporada iba a ir a Las Vegas.

—Jace dice que este es su año —le dijo la hermana de él, Jodie, un día en la peluquería—. Si gana en Las Vegas, quizás se retire y vuelva a la ciudad.

La idea de encontrarse con Jace Tucker todos los días de por vida le provocaba a Celie una desagradable taquicardia.

—Puede que ya esté preparado para asentarse, encontrar una buena mujer y tener un montón de hijos.

Un inesperado sonido gutural se le había escapado a Celie de la boca. Jodie la había mirado y había sonreído malévolamente.

—Quizás lo mande para acá.

—No, gracias —había sido la respuesta de Celie.

—Pero en el pasado solía gustarte —le recordó Jodie. Aquel era el problema de vivir en un lugar pequeño toda la vida. La gente se acordaba de todas las estupideces que alguien hacía o decía. Y, mucho tiempo atrás, cuando estaba en sexto curso, Celie había dicho que el hermano de Jodie era atractivo.

—Tengo mejor gusto que entonces —había contestado Celie bruscamente.

Jodie se había lanzado, de inmediato, a la defensa de su hermano.

—¡Pero no está tan mal!

—No estoy interesada en tu hermano.

Por si acaso, Celie rezó para que no se convirtiera en el campeón federal en Las Vegas. Al enterarse de que había sufrido un accidente en ese mismo campeonato, se había sentido culpable. No había querido que ganara, pero tampoco que acabara en el hospital.

Pero parecía que su destino estaba dispuesto a castigarla por su osadía, pues, Artie Gilliam lo había metido a trabajar en su tienda. Aunque, más bien, había sido una coincidencia milagrosa que Jace se encontrara en la tienda cuando Artie sufrió su ataque al corazón.

Después de aquello, y aunque ella había insistido en que podía llevar la tienda sola, Artie insistió en que Jace se quedara.

Desde entonces, había tenido que ver a Jace Tucker todos los días. El contacto con él había sido lo suficientemente enloquecedor como para que acabara decidiendo ir por Sloan.

Celie no había hecho sino soportar las risas, bromas e indirectas de Jace, y no había pasado ni un solo día sin que hubiera hecho algún comentario sobre Sloan Gallagher y ella.

Se había sentido primero incómoda, luego enfadada y luego desesperada.

Pero, según iba acercándose el día de la subasta benéfica, en sus sueños empezaba a aparecer Jace tanto o más que Sloan. Sin duda, era una confusión inconsciente. Jace era guapo, aunque nunca habría sido capaz de admitirlo en alto, era moreno y con los ojos azules, igual que Sloan. Pero mientras este era cálido y dulce, al menos en las películas, aquel era irónico, rudo y demasiado burlón.

Celie sentía siempre el irrefrenable impulso de lanzarle cosas a la cabeza.

Trataba de mantenerse alejada de él, pero eso no significaba que le pasara desapercibido.

Cuando no estaba burlándose de ella, estaba flirteando con las mujeres que entraban en la tienda. Y no solo con las locales, sino

también con todas las que habían llegado a Elmer con motivo de la subasta.

—No vienen por ti —le había dicho ella en una ocasión.

—Yo no estoy en venta —había respondido él.

—Menos mal, porque nadie te compraría.

Jace se había reído, pero Celie no lo había dicho para provocarle ninguna carcajada.

Lo peor era que sabía que no era verdad. De haber subastado a Jace Tucker estaba segura de que muchas mujeres habrían pujado por él. Tenía cientos de muchachas detrás que querían quedarse en alguna habitación extra en casa de Artie solo para estar junto a Jace mientras esperaban al día de la subasta.

Celie había llegado a decir algo sobre su harén.

—¿Estás celosa? ¿Quieres formar parte de él?

—Jamás compartiré a mi hombre —le había dicho ella.

—Si es que alguna vez consigues otro —había sido la hiriente respuesta de él.

Al ver el gesto de ella, había tratado de poner remedio—. Lo siento.

Pero el impacto de lo que había dicho había sido demasiado fuerte.

Aquel había sido el momento en que Celie había empezado a considerar la posibilidad de pujar por Sloan. Al principio, la idea le había parecido descabellada, pero luego había decidido que necesitaba vivir de verdad.

La fantasía ya no era suficiente para ella.

El día de la subasta se armó de valor y se dirigió hacia allí dispuesta a pujar por él. Invirtió en Sloan hasta el último céntimo y ganó.

A pesar del ataque de pánico que había sufrido, finalmente todo había valido la pena solo por ver la cara de incredulidad de Jace Tucker.

El recuerdo de aquellos momentos aún la hacía sonreír. Había sido tan inesperadamente satisfactorio que la había convertido en una adicta a sorprender a Jace. Quería volver a hacerlo.

Por supuesto, si Sloan se hubiera enamorado de ella, Jace sí que se habría quedado totalmente boquiabierto. Pero eso no ocurrió.

No fue en absoluto un problema, porque ella descubrió que tampoco estaba enamorada de él. Al menos, no como su hermana Polly a la que Sloan correspondía con igual intensidad.

Pero, al verlos, había decidido que ella también quería ese tipo de amor, así es que había decidido seguir buscando.

En abril, había contratado un viaje en un crucero para solteros, y la experiencia había sido plenamente satisfactoria, y con la ventaja añadida de que había dejado a Jace Tucker sorprendido una vez más.

En el crucero había conocido a mucha gente, a muchos hombres, fundamentalmente, y había aprendido a no ponerse tan nerviosa con ellos. Claro que Jace Tucker seguía siendo la excepción. Había albergado la esperanza de que el crucero la hubiera curado de eso también, pero no lo había hecho.

Al regresar, se había encontrado también con que, lejos de desaparecer de su vida, parecía más decidido que nunca a establecerse en Elmer.

—Artie me ha pedido que me quede en su casa —le dijo él—. Como el rancho de Ray y Jodie es un poco pequeño, he decidido hacerlo mientras me construyo la mía.

¡Su casa! Eso significaba que estaba dispuesto a asentarse, tal y como Jodie había dicho. El mismo se lo había confirmado e, incluso, le había dejado caer que tenía a una determinada mujer en mente. Pero no estaba dispuesto a decirle quién.

Celie no podía adivinar de quién se trataba, pues cada vez lo veía con una mujer diferente, especialmente, durante la subasta.

La perspectiva de una continua presencia de Jace había sido lo que la había decidido a solicitar un trabajo en un crucero.

Tenía treinta años y quería una vida, marido e hijos. Aceptar un empleo así era un modo como cualquier otro de hacer que eso sucediera.

Al regresar de la boda de Polly y Sloan, se había encontrado con una carta en la que le informaban de que había sido admitida. La sola idea de irse la aterró. Pero también le dio un enorme placer cuando le dijo a Jace Tucker que se marchaba de Elmer.

Jace debería haberse imaginado que emborracharse no iba a ser la solución a sus problemas y que no iba a ayudarlo a quitarse a Celie O'Meara de la cabeza.

Llevaba un mes fuera y le parecía que había pasado ya un año o diez, o la eternidad.

¡No podía creerse que se hubiera marchado! No había nadie que adorara su casa tanto como ella. Y, sin embargo, veinticuatro horas después de regresar de la boda de su hermana, había puesto un cartel de «Ausente por asuntos de negocios» en la puerta de la peluquería y siete días más tarde se había ido.

—Ni siquiera se ha despedido —había dicho Jace desconcertado al descubrir su partida.

—Porque todavía estabas en la cama —le había dicho Artie con cierto tono de desaprobación—. Durmiendo la mona…

Era cierto que Jace se había recorrido todos los bares desde el Dew Drop hasta The Barrel, en Livingston, tratando de ahogar sus penas en alcohol y buscando una mujer que le interesara más que Celie. Pero había sido un esfuerzo baldío.

—Podrías haberla detenido —le había dicho Artie.

—Sí, claro, haberle rogado que no se fuera.

—Exactamente —había asentido Artie.

Pero Jace jamás habría podido hacer nada así, jamás habría admitido lo que sentía, cuando ella lo trataba como basura.

—Habría parecido un completo idiota.

—¿Y ahora no?

¡No, claro que no! Solo parecía cansado.

Pero un mes después seguía pareciendo cansado. Y es que era un trabajo agotador tener que salir cada noche y seducir a una mujer, cuando realmente no le apetecía hacerlo.

Artie estaba disgustado con él y no necesitaba decírselo. Bastaba con que se sentara cada noche en el sillón, con aquel libro de Zen que la madre de Celie le había regalado y lo miraba con triste resignación.

—La vida es lo que tú haces de ella —le dijo el viejo aquella noche.

—No me cabe duda de que lo es —respondió Jace exasperado.

—Cada cual es lo que hace —insistió Artie con el libro de Zen sobre su regazo, como una presencia amenazante. Sin duda, aquel era el instigador de semejantes pensamientos.

—¡Yo estoy haciendo algo!

—Emborracharte y tratar de ligar —aclaró Artie.

—¡Hace semanas que ya no me emborracho!

—¡Demos gracias a Dios por ello! —dijo Artie en tono piadoso.

—A ti no te hace ningún mal que yo me emborrache.

—Ya ti no te ayuda, ¿verdad?

—¡Nada me ayuda!

—Eso es patente —respondió Artie—. Quizás deberías intentar algo diferente.

—¿Cómo qué? —dijo Jace en un tono beligerante y miró el libro—. Supongo que esa cosa tiene todas las respuestas.

—Podría decir que sí.

—¿Por ejemplo?

Artie se encogió de hombres.

—A donde vayas, allí estarás —Jace lo miró confuso—. Si no vas, pues nunca llegarás.

Jace lo miró confuso.

—Yo no me he movido de aquí.

—Eso no es totalmente cierto —murmuró Artie—. Solo que a veces eres tan ciego que no ves. ¿Amas a Celie O'Meara?

—Bueno, yo…

—Amas a Celie O'Meara —afirmó el viejo—. Llevas más de un mes intentando olvidarla: trabajas, te emborrachas, buscas otras mujeres. Eso no te ha hecho ningún bien. Y, ¿ha funcionado?

—Bueno, la verdad…

—No ha funcionado —Artie respondió a su propia pregunta—. Así que tienes que intentar otra cosa. Algo para convencerla de que la amas.

Jace abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo.

No veía el modo de llevar a cabo nada semejante, y menos aún teniéndola lejos.

Además, confesarle a una mujer que la amaba era algo muy arriesgado.

Implicaba decir cosas que él nunca antes había dicho, y menos aún a la única mujer que tenía todo el derecho del mundo a odiarlo.

—Pero, claro, eres un cobarde —murmuró Artie.

Jace apretó los dientes y respondió rápidamente.

—De acuerdo, oigamos lo que tienes que decir. ¿Qué proverbio Zen me vas a dar ahora?

—Nada de proverbios Zen —dijo Artie—. Puro sentido común. «Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña». Que en nuestro caso sería: «Si el barco no viene a ti, ve tú al barco».

Capítulo 2

Trabajar en un barco era muy diferente a hacer un crucero. Celie se había dado cuenta a los diez minutos de embarcar.

Se pasaba largas horas haciendo exactamente lo mismo que hacía en Elmer: lavando, cortando, tiñendo y peinando, y dando masajes dos veces por semana. Solo que todo aquello debía hacerlo con el suelo moviéndose bajo sus pies.

Dormía en una habitación compartida en la que apenas si tenía espacio para vestirse.

La supervisora no llevaba látigo, pero podría haberlo llevado. Se llamaba Simone. La mujer había despedido a la primera compañera de habitación de Celie porque la había visto salir una mañana del camarote de un pasajero con el mismo vestido del día anterior.

—Hay que atender a los pasajeros, pero no acostarse con ellos —decía Simone.

Celie se aprendió bien la lección. No porque hubiera tenido intención alguna de acostarse con ellos. Ya era bastante con ser amable.

Había conocido a mucha gente, a muchos hombres. En sus días libres, visitaba los puertos caribeños con algunos de ellos. En ocho semanas había recabado más experiencias y recuerdos que en toda una vida en Elmer.

—¿No echas de menos tu hogar? —le había preguntado Polly la primera vez que la había llamado en una de sus escalas.

Por supuesto que lo echaba de menos. Pero la respuesta había sido otra.

—No tengo tiempo de echar de menos nada.

Lo que, por otro lado, era verdad.

Además, aunque algunas noches se tumbaba en la cama y no hacía más que pensar en Elmer y en la vida que había dejado allí, también sabía que en aquella ciudad no habría encontrado nunca lo que necesitaba.

No había ningún hombre en Elmer que la pudiera amar como Sloan amaba a Polly.

Recordaba el día que había llamado a Artie desde Kauai para contarle lo maravillosa que había sido la boda de su hermana y lo enamorados que estaban los novios.

—Ojala algún día yo encuentre un hombre así.

Ya Artie solo se le había ocurrido decir:

—¿Y Jace?

—¿Jace? —había preguntado ella genuinamente anonadada—. ¿Jace y yo?

—¿Qué tiene de malo Jace? —había preguntado el viejo.

«Todo», podría haberle dicho ella. Jace era demasiado guapo, demasiado sexy, demasiado ligón y además se creía el centro del universo. Ella era una chica que hasta un perdedor como Matt Williams había rechazado.

—Dejémoslo en que no funcionaría —dijo finalmente ella—. Sería como casar a Caperucita con el lobo.

—Bueno, ahora… —había empezado a decir Artie, pero ella lo había interrumpido.

—No, Artie, olvídalo.

Precisamente, una de las cosas buenas que tenía aquel nuevo trabajo era haber podido alejarse de Jace.

Eso no quería decir que estuviera huyendo. Al contrario, lo que hacía era abrirse nuevas posibilidades, ver mundo, conocer gente maravillosa, sobre todo hombres.

Su objetivo con aquel viaje era encontrar el amor verdadero.

Por supuesto, eso era algo que no le podía confesar a nadie. Si los demás miembros de la tripulación se hubieran dado cuenta, no la habrían dejado vivir. Ya pensaban que aquella inocencia suya era una mezcla entre algo entrañable y digno de una enorme carcajada.

Carlos, uno de los camareros, que era de Barcelona, le tomaba el pelo todo el día.

—¡Tienes unos ojos enormes! —le decía con sorna, pues siempre miraba perpleja las maravillas que visitaban.

—Yo te los abriría aún más con gusto —decía Yiannis, un griego especializado en la carta de vinos—. Si quieres, te enseño los lugares que los turistas no visitan.

Allison, la otra peluquera y compañera de camarote desde el despido de Tracy, no se lo permitió.

—No vas a ir a ningún sitio con él. Lo que quiere es desnudarte en un rincón oscuro.

Vivir es aprender.

Así que, cuando Armand se la llevó a medianoche a dar un paseo a la luz de la luna y él la tomó apasionadamente en sus brazos, ella le puso la rodilla en la entrepierna y le dijo que solo tenía dos opciones: sufrir un duro golpe o dejarla en paz. Se había comportado como todo un caballero liberándola de inmediato.

—Sí, estás aprendiendo —le había dicho Allison cuando se lo había contado.

Era cierto, estaba aprendiendo y mucho. Pero, aunque en los últimos dos meses había visto cosas que no había visto nunca antes, había conocido a mucha gente y había enviado una docena de postales a casa, no había encontrado el amor verdadero. Aún.

Pero lo encontraría. Estaba decidida a hacerlo.

Sin embargo, no podía esperar que el amor se presentara en su

puerta. Tendría que hacer algo. Así que decidió visitar algunos puertos con hombres que a Allison le parecían bien.

—Caballeros —había dicho Allison, lanzándoles a Armand, a Carlos y a Yiannis una mirada asesina, que los había obligado a retirarse y a dejarlas solas.

—Pero Carlos es un caballero —había protestado Celie.

—Carlos es un casanova —le había dicho Allison con firmeza—. No es tu tipo.

Tú necesitas un hombre honrado.

Así que siguió los consejos de Allison.

Paseó con un encantador escocés de nombre Scot por Nassau, hizo esquí acuático en St. Thomas con un australiano, Fergus, y bebió margaritas en una isla privada con un canadiense de nombre Jimmy.

Eran dulces, divertidos, unos auténticos caballeros y, sin duda, mejor que quedarse en casa en Elmer. Pero ninguno de ellos era el hombre de su vida.

¿Y si nunca llegaba a encontrar tan codiciado espécimen? ¿Y si pasaban no días ni meses, sino años, esperando algo que no ocurría? No podía soportar pensar en eso.

Tarde o temprano ocurriría. Tendría que pasar.

Cuando menos lo esperara, lo vería subiendo a bordo. Él la miraría y, con sus ojos, se encontrarían sus almas también.

Se comprometerían y se irían a Elmer a casarse. Y todo el valle tendría que celebrar junto a ella que Celie O'Meara hubiera encontrado al fin al hombre de sus sueños.

Y cuando se encaminara hacia el altar, por el pasillo de la iglesia, al encuentro de su futuro esposo, podría sacarle la lengua a Jace Tucker.

Artie había tenido alguna que otra descabellada idea a lo largo de sus noventa años, pero dudaba que jamás hubiera tenido una tan estúpida como aquella.

Así que, eso, ¿en qué convertía a Jace por haberla seguido? ¿Cuan necio era habiéndose gastado una fortuna en «siete días y siete noches de crucero por el Caribe» en el barco en que Celie O'Meara cortaba el pelo?

Debía de estar completamente loco.

—Por supuesto que lo estás —le dijo Artie alegremente, mientras lo llevaba hacia el aeropuerto de Bozeman—. Todos nos volvemos locos cuando nos enamoramos.

«Enamorado». La idea no dejaba de darle vueltas en la cabeza. Eso era algo que les ocurría a otros, pero no a él. Entonces, ¿por qué estaba a solo una hora de tomar el avión que lo llevaba al encuentro de Celie O'Meara?

Por un momento, consideró la posibilidad de echar marcha atrás.

Pero Artie no se lo permitió.

—No, señor. Si no lo haces, te arrepentirás.

Jace pensaba que se podía arrepentir mucho más si lo hacía. ¿Y si al llegar Celie lo miraba de arriba abajo y daba media vuelta? ¿Y si le confesaba su amor y ella lo mandaba al infierno? Y lo que era peor, ¿y si no era capaz de abrir la boca?

—¿Tú? —dijo Artie—. ¿No hablar? No me lo puedo imaginar.

Era cierto que, generalmente, no tenía problemas de locuacidad y, menos aún, con las mujeres. Pero Celie era otra cosa.

—Seguro que tú nunca hiciste nada tan estúpido como esto —dijo Jace.

Se hizo un silencio, mientras Artie recapitulaba sobre su vida.

—Puede que sí —dijo el viejo al fin.

Jace levantó las cejas.

—¿Sí?

—Quizá, sí —Artie se encogió de hombros—. Quizá, no.

Jace esperó a que él le narrara una historia que no narró.

—Gracias —murmuró finalmente Jace—. Eres de gran ayuda.

—Yo te he dado la idea —dijo Artie mientras aparcaba el coche y paraba el motor—. No tienes nada que perder, muchacho.

Sí, sus esperanzas. En tanto en cuanto no se enfrentara a Celie y no recibiera un

«no» rotundo, podía seguir soñando con un futuro común.

—Venga, Jace —dijo Artie antes de salir del coche—. Un corazón débil no es bueno para ganarse el favor de una dama.

—Preferiría que dejaras esas citas Zen —farfulló Jace mientras se disponía a abrir la puerta. —No es Zen. Es de las novelas románticas. Jace lo miró perplejo.

—Joyce me las dio. Un hombre tiene que hacer algo con su tiempo cuando es lo único que le queda. Además, yo creo en el amor. Y creo en ti. Aquel comentario de aprobación era algo excepcional en Artie.

—¿Qué quieres decir…? —comenzó a preguntar Jace.

Pero Artie no estaba dispuesto a repetir.

—Vamos —se puso en marcha hacia la terminal del aeropuerto.

Jace agarró el asa de su maleta tal y como lo hacía con las riendas de un caballo.

Una frase le vino a la mente.

—Esta es la carrera de tu vida —decía siempre antes de salir al ruedo uno de sus viejos compañeros, Garrett King.

Jace había mantenido esa máxima en mente cada vez que se disponía a montar.

Y siempre había confiado en que alguna lo sería. La fuerza de la juventud le había hecho pensar que llegaría muy lejos. Había tenido siempre todo lo necesario para triunfar: empuje, coraje, fuerza, talento

y vigor.

Pero nada de eso había sido suficiente. Había muchas cosas que no había podido controlar.

En diciembre, en las finales de Las Vegas, había estado a punto de conseguirlo.

Pero ya jamás alcanzaría lo que quería.

Mientras estaba en los ruedos, tenía esperanza. Pero ya no le quedaba nada.

Solo, tenía un sueño: Celie. Pero no quería admitirlo, no sabiendo lo que ella sentía por él. No hasta que no cambiara de opinión. Porque si él le decía: «Te quiero», y ella respondía: «Pues yo a ti no y nunca te querré», todo habría acabado.

A pesar de todo, allí estaba, dirigiéndose hacia su incierto destino. Y no podía dar marcha atrás con Artie allí, vigilante. Además, ya se había gastado el dinero y todo el mundo se había enterado, gracias al anciano, a dónde se dirigía.

Eso le había costado más de una mirada especulativa y burlona, como las de Cloris y Alice, o las de Felicity Jones y Tess Tanner. La última vez que había ido a casa de Jones a llevar unas cosas, Felicity lo había mirado de arriba abajo.

—No se te olvide cortarte el pelo mientras estés allí. A lo mejor hasta te apetece un masaje si lo da Celie O'Meara.

Y lo peor era que, pensar sobre ello hacía que sintiera los pantalones un tanto constreñidos en cierta zona viril.

Pero se suponía que todo aquello lo hacía por amor, no por sexo, o al menos, no solo por sexo. Lo que sentía por Celie era más que simple deseo. Tenía que ver con palabras como «para siempre» y «compromiso», y «levantarse juntos cada mañana».

Sin embargo, no podía negar que también sentía deseo.

Volvió a pensar en lo de recibir un masaje de Celie en el barco. ¿Se atrevería?

—¿Vienes o te vas a quedar ahí de pie como si hubieras echado raíces? —le dijo Artie.

Agarró el asa de su equipaje con más fuerza. «Esta es la carrera de tu vida», volvió a pensar.

Solo esperaba no darse contra el suelo.

Voló hasta Salt Lake City y luego hasta Miami. Hacía un calor del demonio, para nada paradisíaco.

Recogió su equipaje en la cinta transportadora y se encaminó hacia el autobús que había de conducirlo hasta el barco.

Trató de imaginarse lo que ella diría cuando lo viera aparecer y luego trató de olvidarlo.

Al subir al autobús, sonrió a los demás pasajeros e intentó no sentirse como un pez fuera del agua que estuviera a punto de

encontrarse con un cuchillo afilado.

Pero todo el mundo lo miraba y dedujo que sería por su sombrero de vaquero.

Nadie iba como él. Casi todos los hombres llevaban camisetas de polo y, alguno que otro, una gorra.

Jace se descubrió la cabeza y se pasó la mano por el pelo, con la intención de sentirse mejor, más integrado en el grupo. Lo único que consiguió fue una mayor sensación de vulnerabilidad, como si estuviera desnudo.

Y eso era lo último que necesitaba. Al diablo con todo. Él era un vaquero. ¿Qué había de malo con que lo pareciera? Los demás parecían jugadores de golf profesionales y seguro que ni siquiera lo eran.

No podía permitirse comprarse ropa para una sola semana. Además de la camisa de manga larga que llevaba, también había metido en la maleta una camiseta de polo y otras dos normales de manga larga. El agente turístico que le había vendido los billetes le había recomendado que incorporara unos pantalones negros y él había optado por los que se había comprado para la boda de su hermana Jodie, hacía diez años, y que luego había utilizado en el funeral de su padre.

En aquel momento, llevaba puestas unas botas. Y eso era lo que pensaba seguir llevando, pues no estaba dispuesto a comprarse unos mocasines necios. En Elmer se reirían de él si aparecía con ellos.

Claro que se iban a reír igualmente si aparecía sin Celie.

No era lo más grave. Lo grave era la vida sin ella.

Así que trató de no pensar en eso y creyó oportuno centrarse en mostrar algún interés en los pasajeros del autobús. Él era generalmente sociable, y le gustaba hablar con la gente, escuchar, aprender cosas.

Así que sonrió a la mujer que estaba sentada a su lado.

—¿Qué tal? —dijo él—. ¿Es este tu primer crucero? El mío sí.

La dama sonrió complacida y dejó de mirar su sombrero. Respondió que sí, que también era su primer crucero. Enseguida se unieron otras dos mujeres y para cuando llegaron al barco ya se habían convertido en una alegre y numerosa familia: él y tres alegres féminas.

Una de ellas le preguntó si iba contratado por el barco.

—A veces recluían caballeros, que vienen al crucero sin pagar nada, para que bailen con mujeres solas como nosotras.

—Vaya —dijo él—. No lo sabía. Pero no, he venido para ver a una amiga.

—¿Tu novia? —preguntó una de ellas.

—Bueno, no es exactamente mi novia… aún.

Todas lo interrogaban ávidas de información.

—¿Cómo se llama?

—¿Es una pasajera?

—No —dijo él—. Trabaja en el barco.

No quería decirles mucho más. Lo último que necesitaba era tener espectadoras.

—No presionéis al pobre muchacho —dijo la mujer que estaba sentada junto a él—. Lo vais a poner nervioso.

Pero al llegar a la cola de registro ya lo estaba. El barco era gigantesco, como un grandísimo y lujoso hotel flotante. Había hombres guapos elegantemente uniformados dándoles la bienvenida por todas partes. Saludaban a los pasajeros y también lo saludaron a él, sin poder evitar reparar en su sombrero.

Jace se fijó en que ninguno de ellos llevaba anillo. Seguramente habrían ido a ese barco para encontrar pareja, lo mismo que Celie.

Se tropezó torpemente y una de las mujeres que había conocido en el autobús evitó que se cayera.

—¿Estás bien? —le preguntó otra.

—Bien, sí, muy bien… —farfulló.

Otra de ellas estaba estudiando la relación de pasajeros y camarotes.

—Vaya, parece que te han puesto en el mismo pasillo que a nosotras —dijo—.

Yo soy Lisa, ellas son Deb y Mary Lou. No te preocupes, vente con nosotras y cuidaremos de ti.

Jace, sintiéndose como si acabaran de darle un mazazo en la cabeza, hizo exactamente lo que ellas le dijeron.

Las tres primas Lisa, Deb y Mary Lou se autoproclamaron sus guardianas. Eran tres maestras de escuela que venían de Alabama, rubias y de unos treinta y tantos años. Todos los veranos se embarcaban en un crucero para estar juntas, sin despreciar la idea de encontrar al hombre de sus sueños.

—No ha ocurrido aún —le dijo Deb.

—Pero seguimos manteniendo la esperanza —afirmó Mary Lou.

—O somos masoquistas —protestó Lisa.

—Lo que sea —dijo Deb—. Pero no te quitaremos ojo.

—Yo… —Jace empezó a protestar, porque no era el hombre de sus sueños y quería asegurarse de que ellas eran conscientes de eso.

Lisa le dio unas palmaditas en la mejilla y se detuvo delante de su habitación.

—No vamos a intentar quitarle su posesión a otra chica, estate tranquilo. Ya sabemos que estás comprometido.

—Yo…

Mary Lou sonrió y asintió.

—Ya, lo sabemos. Eres de otra. ¡Y nos parece tan romántico!

¿Era romántico?

—Cierto —asintió Deb fervorosamente—. Nos alegra saber que todavía hay hombres de verdad como tú.

Esperaba que Celie opinara lo mismo y estaba preocupado. Todavía no sabía lo que le iba a decir cuando se lo encontrara.

El maldito barco era tan grande que podría pasarse una semana entera sin dar con ella.

Se planteó el volver a casa y decirle a Artie que la había buscado sin éxito. Pero sabía que no sería una buena idea.

En cuanto las «trillizas de Alabama» lo dejaron solo, se encaminó a su camarote con intención de pensar en un plan.

La habitación le pareció sorprendentemente grande y muy elegante, con una gran cama, excesiva para dormir solo. Rápidamente se imaginó a Celie con él allí.

De pronto, todo aquello tomó sentido.

Había aprendido una cosa a lo largo de los años y era que jamás se tenía ninguna posibilidad de ganar el premio si uno se preocupaba por los peligros de la carrera. Lo que importaba era visualizarse en el momento final.

Le resultaba muy fácil imaginarse a sí mismo en la cama con Celie O'Meara.

El problema era que no lograba visualizar los pasos intermedios.

Se tumbó sobre el colchón con la cabeza apoyada sobre las manos. Trató de ver la sonrisa de ella al verlo aparecer, sus labios pronunciando su nombre como si se alegrara de verlo. Luego se imaginó a sí mismo abrazándola, llevándosela al camarote, desnudándola lentamente…

Unos golpes en la puerta lo sobresaltaron.

Se puso de pie con el corazón latiendo a toda prisa. ¿Y si era Celie?

Se pasó la mano por el pelo, se metió la camisa en el pantalón y se encontró con la sorpresa de su miembro viril pujante y encendido. Tras unos segundos de indecisión, optó por ponerse el sombrero y dirigirse hacia la puerta.

Por supuesto, no era Celie, sino las «trillizas», vestidas en refulgentes vestidos de colores brillantes.

—Vamos a cubierta, donde van a hacer una demostración de las medidas de seguridad. ¿Te vienes?

Tenía que ir. Según le había dicho un miembro de la tripulación era el único evento obligatorio al que todos los pasajeros debían asistir.

Mary Lou lo miraba fijamente.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Jace se sintió como un adolescente cuya mente y cuyo cuerpo

estuvieran fuera de control.

Asintió.

—Sí… es que… me había quedado medio dormido.

Sin esperar a ver si lo creían o no, cerró la puerta, se metió en el baño; se lavó la cara, se puso una camisa limpia y se la metió por los pantalones, todavía demasiado apretados por efecto de su imaginación erótica.

Hacía demasiado tiempo que no había estado con una mujer. Desde febrero exactamente, desde el día en que Celie había pujado por Sloan y se había ganado una semana en su compañía. Aquella noche, Támara Lynd se había metido en su habitación y se le había insinuado, asegurándole que Celie no era la única del mundo.

Furioso por lo que esta había hecho, decidió desahogarse con Támara.

Había sido un desastre, al menos para él. Esperaba que Támara no lo odiara. Ya se odiaba bastante a sí mismo por aquello.

Agarró su sombrero y se encaminó a la puerta. Al abrir se encontró a Lisa, Deb y Mary Lou con idénticas sonrisas esperando allí. Jace reparó en que llevaban sus chalecos salvavidas en las manos.

—Un momento —entró de nuevo en la habitación y agarró el suyo —. Ya estoy.

Deb lo agarró de un brazo y Mary Lou del otro, mientras Lisa encabezaba la expedición.

—Seguidme. Ya he estado aquí antes.

La cubierta estaba llena de gente y los miembros de la tripulación que iban a hacer la demostración los miraban sonrientes.

Gary, uno de ellos, los recibió con una de esas sonrisas exclusivas de los cruceros y comenzó la instrucción. Si se daba una emergencia, todo el mundo debía acudir a aquel punto a esperar órdenes.

—Ahora, asegurémonos de que todos saben cómo ponerse el chaleco salvavidas

—dijo Gary.

Les mostró cómo se hacía y les dio paso a ellos.

—Les toca a ustedes —los animó—. Tenemos mucho personal que les puede ayudar.

Había demasiada gente en cubierta, todos tratando de ponerse aquello con muy poco éxito.

Él también tenía problemas y se arrepentía de haberse subido el sombrero.

—¡Eh, vaquero! Déjame que te sujete el sombrero —dijo una voz familiar detrás de él.

Se volvió y se encontró con los hermosos y brillantes ojos de Celie O'Meara, cuya sonrisa de crucero iba desvaneciéndose a toda prisa.

Capítulo 3

—¿Jace? —dijo Celie en tono incrédulo, su voz escondida entre el tumulto del público asistente.

No podía creerse que fuera él. ¿Jace Tucker? Celie sintió como si le acabaran de dar un puñetazo en el estómago.

Cerró los ojos un momento, convencida de que debía tratarse de una alucinación, de que el sombrero de vaquero que la había atraído como la miel a las moscas se desvanecería de un momento a otro.

«¿Un vaquero en un crucero?», había pensado ella al ver el sombrero Stetson que tantos recuerdos de su hogar le traía. Pero eran recuerdos de Elmer, no de Jace.

¡Aquel no podía ser Tucker! Sencillamente era imposible.

La boca se le secó, tenía las palmas de las manos húmedas y el corazón acelerado.

Abrió los ojos de nuevo, pero la alucinación, no solo no se había desvanecido, sino que, además, sonreía con aquella sonrisa burlona de la que había huido.

—¿Qué tal, Celie O'Meara? Me alegro de verte por aquí.

—¿Es esta tu amiga? —preguntó una dulce voz femenina.

Celie miró a la rubia que iba enganchada del brazo de Jace y que la miraba fijamente. Al otro lado, tenía otra y, por supuesto, apareció una tercera.

¡Ese era Jace Tucker! ¡Se embarcaba en un crucero con tres mujeres! ¡Además, su crucero!

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó ella furiosa.

Las tres rubias la miraron sorprendidas.

—He venido a verte, claro está.

—Sí, claro.

Si realmente estaba allí por ella, sería porque se había propuesto seguirla hasta los confines del mundo solo para humillarla.

Él sabía mejor que nadie hasta qué punto era un fracaso en todo.

Probablemente, Matt le hubiera contando, en su momento, todos sus fallos.

¡Odiaba a Jace Tucker! Porque era un testigo de todos sus horrendos secretos, de todo lo que quería dejar atrás.

Pero estaba logrando construirse una nueva vida. Ya no era la chica que Matt Williams había dejado plantada delante del altar.

No. Era Celie O'Meara, un poco inocente, pero alguien que a los hombres les gustaba. Era una mujer con una vida. No una vida extraordinaria, pero iba mejorando. Había hecho amigos, había conocido a hombres. Quizás no hubiera encontrado al hombre perfecto aún, pero todo era una cuestión de tiempo.

Día a día iba logrando obtener una confianza en sí misma que la

empujaba a seguir sus sueños.

Y, de pronto, Jace se presentaba allí, y lo iba a arruinar todo.

—¿Es esta tu novia, Jace? —volvió a preguntar una de las rubias.

—¿La de tu ciudad? —preguntó la segunda.

—¿No nos vas a presentar? —preguntó la tercera.

Jace pareció desconcertado con tal interrogatorio, incluso se ruborizó un poco.

Jace se ruborizó.

Pero debía de ser producto de la vergüenza que sentía ante la absurda idea de que ellas la hubieran llamado su «novia».

Jamás podría serlo.

Celie esperó una pronta negativa de él, pero no la hubo.

—Esta es… Celie —dijo rápidamente.

Todas la saludaron al unísono.

—¡Hola, Celie!

Ella parpadeó ante el inesperado entusiasmo de las mujeres. Pero, cuando se disponía a responder, otra voz se interpuso.

—¿Conoce a este pasajero? —dijo su jefa, Simone, con un claro gesto de desaprobación.

Celie no podía negar que así era.

—Solía trabajar conmigo —dijo Celie—. Eso es todo.

Celie sabía lo que Simone opinaba sobre que sus empleados fraternizaran con los clientes.

—¿Es peluquero? —preguntó la mujer mirando incrédula a Jace.

—No. Trabajaba conmigo en una tienda. Otro de los empleos que tuve —no era algo que hubiera especificado en su curriculum. Y estaba segura de que a Simone no le agradaría algo tan vulgar, cuando ella tenía aires tan aristocráticos.

Simone siempre contaba que había nacido en París y su premisa principal eran la sofisticación y la elegancia con letras mayúsculas.

—¿Cree que los clientes se van a fiar de usted, si tiene un aspecto vulgar? —le había preguntado a Celie la primera semana de trabajo.

Pero, a pesar de que había pensado que necesitaba un estilista, no la habría seleccionado de no haber visto en ella un potencial.

Así que Simone había dispuesto que Stevie, el jefe de peluquería y su mejor estilista, le cortara el pelo.

—Quiero que destaques sus pómulos —le había dicho, y Stevie había optado por un pelo corto e irregular.

Y, efectivamente, había logrado destacar sus pómulos.

Luego Birgit, la maquiladora, le había enseñado cómo con un lápiz de ojos negro, algo de sombra y un poco de colorete podía llegar a estar incluso elegante.

Había llegado a habituarse a aquella nueva imagen, aún más, a sentirse casi cómoda con ella.

Pero en aquel momento, delante de Jace Tucker se sentía como un fraude, como una calabaza de campo tratando de pasar por algo urbano y sofisticado.

Estaba segura de que era lo que él estaba pensando.

Celie se ruborizó inevitablemente y deseó que el mar se la tragara.

—No es momento para socializar —dijo Simone—. Tiene que volver a trabajar.

Era una orden y Celie lo sabía y, aunque en aquel instante su trabajo consistía en ayudar a los pasajeros, sabía que lo que Simone le estaba diciendo era: «Al salón de belleza y basta de flirtear con los pasajeros».

¡Cuando no había nada más lejos de su intención! Jace Tucker era la última persona en el mundo con la que flirtearía. Pero no iba a decirlo. Simplemente iba a aprovecharse de la oportunidad que Simone le estaba dando.

—Por supuesto —le dijo alegremente a la supervisora—. Voy para allá.

Luego se volvió hacia Jace y su harén con su mejor sonrisa de crucero.

—Bienvenidos a bordo —les dijo.

¡Habría dado cualquier cosa por haber podido comportarse con la soltura y descaro que solía tener delante de otras mujeres! Pero con Celie eso era imposible.

Tenía que agradecer haber sido capaz de decir algo.

¡Dios, qué idiota era! Había oído su voz, se había vuelto hacia ella y se había quedado sin respiración.

Sin saber qué decir, se había quedado unos segundos observando a Celie como si fuera la primera vez que la había visto en su vida.

Y, en cierto modo, era así.

Esperaba haber visto a la Celie de siempre, la introvertida que se quedaba sentada en las fiestas porque nadie la sacaba a bailar, la que parecía estar siempre en la trastienda de la vida.

No por ello había dejado de considerarla hermosa, pero con un tipo de belleza suave, gentil, que no llamaba la atención.

¡No así!

Aquella nueva Celie era casi exótica, con grandes ojos negros y largas pestañas.

Sus suaves rizos habían sido cambiados por un corte a capas que destacaba sus encantos. Y, ¿de dónde había sacado aquellos pómulos?

Polly había sido siempre la de los pómulos. Pero la cara de Celie siempre había sido redonda. De pronto, parecía como si la hubieran esculpido, como si algún gran artista hubiera descubierto sus encantos ocultos.

Jace se había quedado sin palabras al verla, lo que había

empeorado aún más al comprobar que ella no se alegraba en absoluto de verlo allí.

Había tenido la esperanza de que, con tanto tiempo alejada de casa, el simple hecho de ver una cara conocida hubiera sido motivo de alegría.

Pero no.

Sintió una desesperación profunda y honda en la boca del estómago. ¿Qué demonios iba a hacer?

Alrededor de él la gente se estaba divirtiendo. Se reía, hablaba. Era la primera comida de lo que prometía ser una enorme serie de ellas, donde todo el mundo estaba relajado y disfrutaba.

—¿Te mareas? —le preguntó Mary Lou en un tono compasivo, mientras le servía langosta en el plato.

El negó con la cabeza.

—Yo siempre me siento así la primera noche —le dijo Lisa—. Tardo un par de días o tres en acostumbrare al mar. Mañana te sentirás mejor.

Jace asintió, se metió un trozo de langosta en la boca y trató de fingir que se divertía.

—Yo creo que está así por su novia —dijo Deb.

En ese momento, se le escapó a Jace el trozo de langosta que estaba intentado cortar.

Deb asintió en un gesto triunfal.

—He acertado —dijo—. Es ella lo que le preocupa.

—¡No me preocupa! —respondió él, mientras trataba de recuperar la langosta.

—Claro que no es eso —lo defendió Mary Lou, como una madre protectora—.

Esa chica simplemente se quedó muy sorprendida y como tenía a su jefa observándola tuvo que fingir indiferencia.

—Mientras no fuera una muestra de sus sentimientos —dijo Deb.

—¡Claro que no! —continuó Mary Lou en nombre de Jace. Luego se volvió y le sonrió—. Estoy segura de que se habrá alegrado mucho de verlo. ¡Yo lo habría estado! No todos los días un hombre se atraviesa medio mundo para ir en busca de la chica a la que ama.

Aquel comentario hizo que Jace se sintiera más idiota que nunca.

—Ya reaccionará —dijo Lisa—. Solo necesita tiempo.

—¡Anímate! —le dijeron todas a coro—. Vente a ver el espectáculo con nosotras y diviértete.

—Quizás, cuando llegues a tu camarote esta noche, ella te estará esperando —

dijo Lisa.

Quizás fuera así.

Pero Jace tenía sus serias dudas y no tenía prisa por llegar a su

cuarto y averiguarlo.

Decidió no ir a ver el espectáculo con Lisa, Mary Lou y Deb. No podía quedarse sentado, estaba demasiado ansioso.

Les dio las gracias y decidió encaminarse al bar. Allí se tomaría unos cuantos whiskys y, con un poco de suerte, encontraría una mesa de billar. Podría imaginarse que estaba de vuelta en Elmer. Artie lo sermonearía una vez más. ¡Vaya ideas que tenía el viejo!

—¿Cómo lo vas a saber si no lo intentas? A lo mejor se lanza a tus brazos.

«O me aprieta el cuello hasta estrangularme», pensó Jace.

Suspiró y pidió un whisky.

Celie nunca llamaba a casa desde el barco. Desde el primer momento se había impuesto a sí misma no hacerlo. Era una cuestión de madurez. Era una mujer adulta y debía ser capaz de sobrevivir por sí misma.

Durante treinta años había dependido de su familia, sobre todo de su hermana mayor, Polly. Era ella la que de le daba el apoyo moral que necesitaba siempre, un hombro sobre el que llorar. Pero eso no podía seguir siendo así.

Cuando Simone la había regañado por un cliente descontento, cuando Armand se había reído de ella, o Carlos había tratado de besarla o Yiannis de aprovecharse ella había resuelto sus problemas sólita. Y lo había hecho bien.

Pero tener a Jace Tucker en el crucero era más de lo que ella podía solucionar sola.

Con los dedos temblorosos, marcó el número de su hermana. Quizás ella ni siquiera supiera que Tucker estaba allí, pero también podía ser que supiera incluso el porqué. Más aún, tal vez pudiera decirle lo que podía hacer al respecto.

—¿Qué sucede, Celie? —preguntó Polly sobresaltada nada más oír la voz de su hermana.

—Nada importante —dijo Celie.

Pero Polly la conocía demasiado bien.

—Bien y qué eso tan poco importante. Vamos, sabes que puedes contármelo.

Celie sabía que era lo mejor que podía hacer.

—Jace.

—¿Jace? ¿Le ha sucedido algo?

—No. Todavía.

—Pero… —Polly parecía confusa.

—Está aquí.

—¿A qué te refieres con «aquí»? ¿Es que has vuelto a Elmer?

—No. ¡Está aquí en el barco!

Hubo un momento de atónito silencio, luego Polly inspiró y

resopló.

—¡Dios santo! —dijo finalmente.

—¡Como se le ocurra decir una sola palabra de lo de Matt o de lo de Sloan o de lo de la subasta, lo mato!

—No lo hará.

—¿Cómo sabes que no lo hará? —dijo ella y se pasó la mano por el pelo—.

¿Para qué ha venido?

—Quizás deberías preguntárselo.

—Ya lo hice.

—¿Y qué te respondió?

—Me dijo… —hizo una pausa para recapacitar sobre cuál había sido la respuesta de él—. Me dijo que había venido a verme a mí.

—¿No dijo que había ido a fastidiarte la vida? —preguntó Polly con cierta sorna.

—No hace falta —protestó Celie—. ¿Qué está haciendo aquí si no?

—Ha ido a verte —repitió Polly—. Quizás te eche de menos.

—¿Es que no hay nadie más en Elmer a quien pueda molestar?

—Quizás sintiera curiosidad por saber qué hacías allí.

—Podría habérselo preguntado a Artie.

—A lo mejor lo hizo y, al final, decidió comprobarlo por sí mismo —dijo Polly.

—Todo son «quizás, quizás, quizás» —dijo Celie con cierta impaciencia—. En realidad sus motivos me son indiferentes, lo que importa es qué voy a hacer yo al respecto.

—Podrías lanzarte a sus brazos y besarlo —dijo Polly—. Pero supongo que esa opción ya la has descartado.

Celie se estremeció solo de pensarlo.

—Ni hablar. Quiero mantenerme lo más lejos de Jace Tucker que me sea posible.

Polly dudó una vez más.

—¿Nunca has oído que la mejor defensa es una buena ofensa?

—¿Me estás sugiriendo que sea agradable con él?

—La verdad es que pensaba que eso no hacía falta decirlo —le aseguró Polly—.

Más bien me refería a que fueras un poco más allá.

—¿Que me lance a sus brazos y lo bese? —dijo Celie no sin dificultad.

—Eso, definitivamente, lo dejaría desconcertado —se rió Polly.

—No estoy tan segura de que sea posible desconcertar a Jace Tucker —dijo Celie—. Pero, en cualquier caso, gracias. Gracias por todo. Y, sobre todo, por estar siempre ahí para mí.

—¿Estás bien, Celie? —le preguntó Polly repentinamente alarmada por su tono de voz.

—Estoy perfectamente, de verdad.

Se despidió y colgó el teléfono. Se cuadró de hombros y se dijo que podía, sin problemas, enfrentarse a Jace Tucker.

Jace oía el lejano sonido de un teléfono entre sueños. Con los ojos cerrados, metió la cabeza debajo de la almohada. Que contestara Artie.

Sonó otra vez.

«Vamos, Artie, responde», pensó, medio inconsciente.

El insistente timbre repicó de nuevo.

Molesto, levantó la cabeza y gritó el nombre de Artie. Pero este no respondió.

No podía hacerlo, porque estaba a miles de kilómetros de distancia.

Y el teléfono que sonaba era el móvil que había dejado sobre la mesilla. Se lo había llevado por si Artie tenía que ponerse en contacto con él caso de emergencia.

Aunque, era poco lo que Jace podía hacer estando tan lejos.

Tenía que responder. Jace se incorporó desoyendo las recomendaciones de su dolorida cabeza, y alcanzó el teléfono que estaba en la mesilla.

—¿Qué? —respondió secamente.

—Has tardado un montón en responder. ¿Es que no estás solo?

—¿De qué demonios hablas? —Jace trató de sentarse, pero la resaca se lo dificultaba—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —Artie hizo una pausa—. ¿Qué tal van las cosas?

—Las cosas van… —dijo él, tratando de permanecer totalmente inmóvil, de mover lo menos posible todo su cuerpo, para evitar los martillazos dentro de su cráneo. ¿Por qué demonios había bebido tanto?

—¿Has visto a Celie?

¡Claro, era por eso por lo que había bebido tanto! No respondió a Artie.

—¿Qué emergencia tienes? —le preguntó.

—Ya te lo he dicho. Ninguna. Pero no puedo dormir porque me preocupas.

—Pues deja de preocuparte —le dijo Jace entre dientes.

—No puedo —dijo Artie—. A menos que tú me des una razón para dejar de hacerlo, como decirme que ya le has propuesto matrimonio a Celie y que te ha dicho que sí.

Había tanta esperanza en su voz que Jace se sintió consternado.

—Supongo que eso es demasiado pedir —se respondió Artie a sí mismo ante el silencio de Jace—. Pero la has visto.

Lo último era una afirmación, no una pregunta.

—Sí—dijo Jace.

—¿Se alegró de verte? —preguntó el anciano ansioso.

—Tanto que parecía querer tirarme ácido a la cara. Esto no ha sido una buena idea, Artie.

Se hizo un breve silencio.

—No seas tan negativo. Tienes que darle tiempo —dijo Artie finalmente.

—Ya.

—No te preocupes. Se está haciendo la dura contigo.

—Sí, ese es un modo de describirlo.

—Así que tú tienes que hacer lo mismo, hacerte inaccesible.

Jace protestó.

—Artie, estás loco. Estoy aquí, en un barco, ¿cómo demonios voy a hacerme inaccesible?

—Ya… —dijo Artie mientras pensaba sobre ello.

—Artie, esto no es una emergencia —volvió a decirle Jace.

—Pero, entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó el hombre haciendo caso omiso a lo que Jace le acababa de decir.

—Disfrutar del crucero.

Artie gruñó.

—Eres un perdedor.

—¡No soy ningún perdedor! Solo estoy… estoy dándole tiempo.

—¿Para qué?

—Para que se acostumbre a tenerme cerca.

—Ya —dijo Artie con escepticismo.

—Lo digo en serio. Yo creo que me tiene miedo.

—Sí, claro, la tienes aterrorizada.

—¡Venga, Artie! Dame un poco de apoyo moral —dijo Jace y trató de incorporarse. Pero, una vez más, sintió un dolor punzante en la cabeza. Volvió a recostarse.

Hubo un silencio hasta que Artie le dijo finalmente:

—¿Quieres apoyo moral? Pues te diré que no eres tan idiota como te empeñas en parecer, pero cada vez te acercas más.

Celie esperó todo el día a que Jace apareciera y le soltara alguna de sus habituales impertinencias.

Pero él no apareció.

Ella había trabajado durante más de doce horas porque iba a celebrarse la primera cena formal del crucero y todas las mujeres querían estar perfectas. Habían hablado y cotilleado sobre todo tipo de cosas.

Pero no había oído nada sobre Jace, ni tampoco lo había visto.

De no haber sido por una nueva llamada de atención de Simone, habría llegado a pensar que había sido un sueño. Pero su supervisora había ido tras ella cuando se disponía a salir de la peluquería al final de su larga jornada.

—¿Ese hombre es su amante? Me refiero al vaquero.

—¡No!

Simone arqueó las cejas en un expresivo gesto de incredulidad.

—¿No? Pero ha dicho que ha venido a verla.

—Solo para molestarme —¿cómo podía explicar la antagonista relación que tenía con Jace?—. Seguro que se sorprendió de verme tanto como yo me sorprendí.

—¿No sabía que estaba usted aquí?

Celie se humedeció los labios.

—Yo… no lo sé.

—Vaya… —dijo la mujer en un tono amenazador—. Bueno, usted conoce las reglas.

—Sí.

Simone asintió.

—Divertimos a nuestros pasajeros, bebemos con ellos, pero no nos acostamos con ellos.

—¡Por supuesto que no!

—Espero que lo recuerde —le ordenó la mujer.

Como si Celie necesitara una orden semejante.

Nadie tenía que decirle que no se acostara con Jace Tucker, eso era algo que jamás haría.

Capítulo 4

Jace se pasó la mayor parte de la mañana en la cama por la resaca y llegó a la sabia conclusión de que lo mejor que podía hacer era olvidarse del whisky durante el resto del crucero. Las resacas eran muy duras en tierra, pero en un barco, con el suelo moviéndose constantemente bajo los pies eran prácticamente terminales.

Solo la idea de desayunar le revolvía el estómago, por lo que rechazó la invitación de Lisa, Deb y Mary Lou para ir con ellas. Ni siquiera se molestó en abrir la puerta.

—Voy a dormir un poco más —les dijo todo lo fuerte que pudo.

—Muy bien. Luego vendremos a verte.

Jace se dio media vuelta y se quedó dormido. Hasta que, de nuevo, unos golpes en la puerta lo despertaron.

—¿Jace? ¿Estás bien? ¿Te sientes mejor?

—Estoy… estoy mejor —se incorporó ligeramente. La cabeza le seguía doliendo, pero ya no era nada comparado con lo de antes.

—Fantástico. Podrías venirte a comer con nosotras.

¿Comer? La idea ya no le resultaba tan repulsiva. No tenía náuseas y el estómago le pedía algo. Lentamente se puso de pie.

—Si no te sientes bien —dijo una de las rubias—. Podemos avisar al médico.

—¡No! No hace falta. Estoy bien.

—Entonces, te vienes. Después nos vamos a ir a darnos un baño. A lo mejor te apetece.

—Pues… —la idea no le resultó demasiado sugerente. Pero tenía que hacer algo más que quedarse en el camarote, si no el crucero se habría acabado antes de que ni tan siquiera se hubiera podido broncear.

—De acuerdo. Dadme veinte minutos, porque me tengo que dar una ducha.

Tardó media hora. Se duchó, se afeitó y estudió con detenimiento sus ojos enrojecidos. No estaba dispuesto a permitir que Celie lo empujara a beber, a que lo volviera loco. Iba a actuar como un adulto razonable.

Fue a comer con Lou, Mary Lou y Deb. Al principio, se sentía un poco mal, algo tembloroso y su estómago se revolvía ante la sola mención de algunos de los platos.

Pero, finalmente, logró comer razonablemente.

Después, se fueron a cubierta a las piscinas. Y, una vez allí, empezó a recobrar su sentido del humor y su habitual encanto.

Al cabo de un rato, no solo estaba haciendo reír a las «trillizas», sino que estaba rodeado de media docena de mujeres fascinadas por sus historias.

—No es habitual ver a vaqueros en un crucero —dijo una de ellas.

Jace le respondió que los vaqueros, generalmente, no tienen tiempo para ese tipo de cosas. Le pidieron entonces que les contara cómo era su vida, y escucharon con atención sus explicaciones, sorprendidas de que las criaturas como él existieran aún.

—Parece una historia sacada de una película de Sloan Gallagher —dijo otra de las mujeres.

Jace sonrió.

—En realidad no —le aseguró él—. En las películas, Sloan sale demasiado limpio y con un aspecto muy estudiado. En la vida real no es así.

—¿Conoces a Sloan Gallagher? —preguntó una de las damas.

Jace le dijo que sí.

—¡Cielo santo, conoce a Sloan Gallagher!

Para entonces la reunión de mujeres había aumentado de número hasta la docena.

—Cuéntanos cosas sobre Sloan —le rogaron todas.

Jace así lo hizo. Les contó que de pequeños solían pelear y que él le había roto la nariz. Luego les confesó que en la siguiente pelea había sido Sloan quien se la había roto a él.

—Después de aquello firmamos una tregua —dijo él—. Al poco tiempo, se mudó.

—Sloan es de Montana, ¿no?

Jace asintió.

—De esa pequeña ciudad en la que se celebró la subasta el año pasado,

¿verdad? —dijo otra de ellas—. ¿Se llamaba Wilmer?

—No. Elmer —dijo Jace.

Más mujeres se unieron al grupo.

—Cuéntanos cosas sobre Elmer.

Él comenzó a narrarles su historia. La mayoría habían visto algo sobre la pequeña ciudad en televisión, o lo habían leído en revistas.

También sabían de Polly.

—¿La conoces?

Jace asintió.

—¿Como es? Sloan y ella se casaron, ¿verdad?

—Sí, después de que fuera su hermana la que lo ganó en la subasta.

Se hizo un murmullo.

—¡Pobrecilla! Me gustaría saber lo que ella opina de eso.

Jace no dijo: «Pueden ustedes preguntárselo, está en el barco». Estaba seguro de que a Celie no le habría gustado.

—La verdad es que Elmer parece un lugar muy excitante.

—Quizás deberíamos habernos ido todas allí en lugar de venir aquí

—dijo una de las mujeres.

—Quizás —dijo Jace, sintiéndose como un miembro de la cámara de comercio.

—A lo mejor lo hacemos —dijo una pelirroja—. ¿Cuántos vaqueros solteros hay?

Jace levantó las cejas. Las mujeres lo miraban expectantes. Se rascó la cabeza y trató de recordar cuáles eran los hombres disponibles. Pensó en los que salían de la escuela de rodeo y contó unos cuantos. Así se lo dijo.

—¿Tú también montas toros? —le preguntaron.

—Solía hacerlo.

—¿Ya no?

—Tuve una lesión el año pasado y el médico me recomendó que me buscara otra profesión.

—¡Pobre Jace! —dijeron todas al unísono.

—Pero ya estoy bien —no estaba interesado en su compasión—. Estoy preparado para cambiar, para hacer otra cosa y para sentar la cabeza.

Tenía claro que quería quedarse en Elmer con Celie.

Todas lo miraron y dijeron un «!Oh!» colectivo.

—Quiero casarme —continuó él.

—Pues pídemelo a mí —dijo una de las féminas, y todas se rieron.

Jace sonrió.

—Lo siento, pero ya sé qué mujer quiero.

—Trabaja aquí —dijo Lisa.

—En este barco —añadió Mary Lou.

—¿Quién es? —preguntó un coro.

—Sí, dinos quién es para envenenarla.

Todas se rieron.

Luego, la mayor de todas le dio unas palmaditas en el brazo.

—Es una muchacha muy afortunada.

Jace se preguntó si a la mujer le importaría decírselo directamente a Celie.

—¿Has visto al vaquero? —le preguntó a Celie su primera clienta a la mañana siguiente.

Era el segundo día de crucero y habían atracado en el puerto de Nassau. En el salón de belleza estaban solo ella y Stevie, pues el resto del personal había bajado a tierra.

Cuando el barco estaba en el puerto el personal se alternaba para trabajar.

Como Celie había visitado varias veces Nassau, había preferido quedarse trabajando.

Prefería estar allí y evitar la posibilidad de encontrarse con Jace Tucker en la playa.

No lo había visto desde el día de su llegada y empezaba a tener el convencimiento de que todo había sido una alucinación.

Pero el comentario de la pelirroja le hizo pensar que quizás Jace estuviera allí, después de todo.

—¿Vaquero?

—Sí —dijo la mujer en uno tono de apreciación—. ¡Vaya ejemplar! Yo soy una chica de ciudad, pero te aseguro que no importaría que este pusiera sus botas debajo de mi cama cuando quisiera.

—¿Se ha ofrecido? —preguntó Celie sin pensar—. Quiero decir…

La mujer respondió sin problemas.

—Ojala —dijo con un suspiro.

Media hora más tarde su siguiente clienta le hizo prácticamente la misma pregunta.

—¿Has visto al vaquero?

No podían referirse al mismo.

—¿El vaquero?

—Sí. Lo conocí ayer en la piscina. Me pareció la cosa más mona en vaqueros y botas que había visto en mi vida. Y es tan amable y educado… Podría darle a cualquiera clases de cortesía.

¿Clases de cortesía? No podía tratarse de Jace.

La siguiente mujer que entró en la peluquería también habló de él.

—Es tan educado y tan guapo, con ese pelo oscuro y esos ojos claros. Dice que conoce a Sloan Gallagher.

—¿De verdad? —dijo Celie desconcertada.

La mujer asintió.

—Dice que le rompió la nariz cuando eran pequeños y que Sloan le devolvió el golpe y también le rompió la suya.

—Y… —a Celie le empezaron a temblar las manos—. ¿Dijo algo más?

—Sí. Dijo que quería sentar la cabeza.

—¿Qué? —las tijeras se le cayeron al suelo con gran estruendo—. ¡Oh, lo siento!

Celie se agachó a recogerlas mientras trataba de cuadrar toda aquella información.

Después de todo, no era una novedad. El mismo Jace se lo había dado a entender. Se estaba construyendo una casa en el rancho de su hermana y su cuñado.

Pero, por lo que veía, no pensaba sentar la cabeza con una sola mujer, sino con todo un harén.

—Lo siento —se disculpó ante la mujer. Lo último que necesitaba era que Simone recibiera una queja.

—No me importaría que sentara la cabeza conmigo —dijo la mujer con una sonrisa—. Pero dice que tiene a alguien en mente.

Celie no se lo podía creer. Si Jace Tucker hubiera tenido alguien en

mente, ella lo habría sabido. ¡La conocería, incluso! No había tantas mujeres disponibles en Elmer o alrededores.

Si estaba cortejando a alguien en serio, no lo habría podido mantener en secreto.

Seguro que lo que Jace estaba haciendo era contarles que había alguien en su vida para que no abrigaran falsas esperanzas y no trataran de atraparlo.

Asegurar que tenía una novia era el mejor modo de jugar sin riesgos.

Aquel hombre era peligroso y debería haber llevado en la frente una etiqueta con el lema: «Las autoridades sanitarias advierten que relacionarse con Jace Tucker puede ser dañino para la salud emocional».

Durante todo el día tuvo que oír hablar de las maravillas de Jace Tucker: era guapo, dulce y encantador.

Incluso Kelly, la que llevaba el gimnasio, apareció cantando sus excelencias.

—¿Has conocido al vaquero? —le preguntó a Celie con la mirada brillante—.

Vino anoche a usar el jacuzzi porque tiene una pierna mal. Al parecer tuvo un accidente en un rodeo.

Celie maldijo en silencio. No quería hablar de Jace.

Pero la mujer a la que le estaba tiñendo el pelo también había estado en el jacuzzi con él.

Era «adorable», según dijo la mujer.

Y Celie tampoco quería pensar en él, pero terminó haciéndolo. Y acabó concluyendo cuáles eran sus motivos para estar en el crucero.

Aquel tipo de viaje atraía a montones de mujeres. Solía haber algunas parejas de casados, unos pocos hombres solteros y muchas mujeres buscando un poco de diversión.

Puesto que ya no podía cazar a sus nenas en los rodeos, había buscado un entorno fértil en posibles presas.

Celie había oído a muchas mujeres a lo largo de las semanas que llevaba trabajando cuyos corazones habían sido partidos por hombres como él.

Aquello la indignaba profundamente y hacía que se sintiera responsable de lo que un hombre como Jace pudiera llegar a hacerles.

Si Simone la pillaba allí, Celie sabía que su carrera como estilista en el barco habría terminado.

Allison le había dicho que no se metiera en los asuntos ajenos. Stevie y Troy le decían que no había nada de malo en que los pasajeros se lo pasaran bien. Eran todos adultos y sabían lo que les convenía.

Y, seguramente, tuvieran razón, pero a Celie le daba igual. No

sabía por qué le importaba tanto lo que hiciera, pero le importaba. Quizás era por que todo el mundo sabía que Jace era de Elmer y él estaba enturbiando el buen nombre de su ciudad.

—¿Cómo? —Stevie la miró incrédulo al oírle decir aquello.

—¡Es verdad! —exclamó ella. Jace Tucker estaba destrozando la reputación de Elmer y ella tenía que hacer algo al respecto.

Y eso era, precisamente, lo que se disponía a hacer. Solo esperaba que la feroz supervisora no la sorprendiera llamando a la puerta del camarote de uno de los pasajeros.

Golpeó enérgicamente con los nudillos y esperó. Pasaron un par de segundos.

«No está», pensó Celie. De pronto, la puerta se abrió.

Y allí apareció Jace, a pecho descubierto.

—Estoy demasiado cansado y… ¡Celie! —abrió los ojos con genuina sorpresa.

—Todas esas mujeres pueden acabar destrozando a un hombre.

Él se quedó boquiabierto.

—Mujeres. Las rubias, las pelirrojas, las castañas. Por cierto, a una acabo de teñirla de platino, te lo digo por si no la reconoces por la mañana.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Ya sé para qué has venido —le dijo ella en un tono helador.

Jace parpadeó y pareció repentinamente nervioso. Se movió inquieto y eso llamó la atención de Celie, que no pudo evitar mirar su torso. Involuntariamente, se imaginó ese cuerpo en el jacuzzi. Furiosa con la dirección que estaban tomando sus pensamientos, cerró los ojos.

—Quiero que pares.

Él se puso rígido y tragó saliva.

—¿Que pare el qué?

—Sabes muy bien qué. Quiero que dejes de perseguir mujeres, de seducirlas, de engañarlas.

Jace la miró fijamente.

—Ya… —él sonrió ligeramente.

—Lo digo en serio —dijo Celie, negándose a dejarse embriagar por aquella sonrisa letal—. Quiero que dejes de hacerlo.

—De acuerdo.

—¿Qué quieres decir con ese «de acuerdo»?

Él se encogió de hombros.

—Que no lo haré más.

—Bueno, pues bien. Me encargaré… —pero antes de que pudiera terminar su frase, oyó que alguien se aproximaba. Eran un hombre y una mujer y ella tenía un reconocible acento francés.

Celie se metió rápidamente en el camarote de Jace.

—Cierra la puerta.

—¿Qué?

—¡Cierra la puerta!

Jace así lo hizo. Luego se volvió, se apoyó en la puerta y se cruzó de brazos.

—¡Qué buena idea! —dijo él.

—No, no lo es. Pero era Simone, mi jefa, la que venía por el pasillo —le explicó.

Él levanto una ceja.

—¿La mujer francesa?

Celie hizo una mueca y asintió.

—Es un poco «especial».

—Ya —Jace la miraba fijamente con una expresión indescifrable.

Nerviosamente, Celie se encaminó al otro extremo del camarote. Pronto se dio cuenta de que había sido un gran error, pues los dos estaban allí, de pie, mirándose el uno al otro.

—¡Déjalo ya!

—¿Dejar qué?

—De mirarme de ese modo.

—¿Qué modo?

—Como si… como si… —pero no pudo decir «me desearas». Era ridículo pensar algo así. Era el modo en que Jace miraba a todas las mujeres, menos a ella—.

¿Qué te pasa? ¿Es que te has quedado sin mujeres?

—Algo así.

Ella protestó.

—Lo que me había imaginado. Pues no pienses que aquí vas a obtener lo que necesitas.

—¿No?

—No —respondió Celie con dureza—. ¡No eres adecuado para un lugar como este!

—¿Y tú? —preguntó él en un tono de reto.

—¿Qué quieres decir?

—Que este no es nuestro lugar adecuado.

—Yo trabajo aquí.

—Has venido huyendo.

—¡No!

—Sí. Tenías un trabajo en Elmer y una vida estupenda.

—Sí, claro —dijo Celie—. ¿Viviendo con mi madre y su nuevo marido o con Polly y su nuevo esposo?

—¡Podrías haberte buscado un marido! —dijo Jace.

Herida, Celie le respondió.

—¿Y qué crees que trato de hacer aquí?

Jace comenzó a moverse de un lado a otro del camarote.

—¡No hacía falta que te vinieras hasta aquí para eso!

—¿No? ¿Qué podía encontrar en Elmer? —preguntó ella irónica—. ¿Debería haber puesto un cartel en la puerta pidiendo marido, o mejor un anuncio en el periódico?

—Podrías haber mirado a tu alrededor, haber encontrado a alguien de la zona

—le dijo él sin apartar la mirada de ella.

—¿Quién? ¿Logan Rees o Spence Adkins, un ex convicto y un policía corrupto?

Menuda tentación. No son mi tipo, lo siento.

—Gracias a Dios —dijo Jace.

—¿Quién más había?

—Piensa —le dijo, y sus ojos se encendieron de deseo.

Antes de que ella pudiera responder, la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente.

Por supuesto que a Celie la habían besado más de una vez en su vida. Había experimentado el fervor de la pasión adolescente de Matt y sabía lo que era el deseo masculino.

Pero jamás había sentido la intensidad que la revolvía en aquel instante.

Tampoco había sido objeto de una mirada tan sinceramente hambrienta. Estaba notando el poder de aquel deseo de hombre dirigido exclusivamente hacia ella. ¿Y

procedía de Jace Tucker?

Justo antes de derretirse en sus brazos, Celie recobró el sentido, apretó las manos contra su pecho y lo empujó.

—¿Qué demonios…?

Celie no pudo terminar la frase.

—Para esto estoy aquí, Celie —dijo él con la voz aún llena de deseo.

Celie gimió desconcertada.

Luego, en un gesto desesperado, se encaminó hacia la puerta. La abrió con tal fuerza que casi golpea a la pareja que estaba en el pasillo.

— *!Mademoiselle O'Meara!* —gritó Simone.

Pero Celie no se detuvo.

Capítulo 5

¡Lo había estropeado todo! ¡Maldición!

Conocía a Celie y sabía que había que manejarla con extremo cuidado, hacer que se sintiera en un entorno cálido y seguro.

¿Qué acababa de hacer?

La había tomado en sus brazos y la había besado de un modo apasionado, en absoluto tierno. Había sido un beso hambriento, descontrolado, casi desesperado. Y

así era como se sentía él exactamente.

Se pasó la mano por el rostro.

Encima, le había soltado todo aquello sobre buscarse un tipo de Elmer como esposo y le había confesado, sin pensar, que para eso estaba allí.

Claro que si ella hubiera dicho:

—¿Un tipo de Elmer? ¿Quién? ¿Tú?

Quizás entonces no le habría importado haber hecho el comentario.

Sin embargo, había nombrado a Spence y a Logan, pero a él ni siquiera los había considerado como posibles candidatos.

Y, mientras la besaba, le había dado la impresión de que, durante un momento, se rendía a él, se dejaba llevar. La felicidad, no obstante, no había durado mucho.

Pronto se había apartado de él y había salido del camarote como alma que llevara el diablo.

Él había querido seguirla con la intención de pedirle disculpas, pero corría tan desesperadamente por el pasillo que había sido imposible.

Al oír la voz de una mujer que la llamaba y que decía «*Mademoiselle* O'Meara», se había detenido de golpe.

Su jefa la había mirado atónita hasta que había desaparecido por la primera esquina del corredor. Luego se había vuelto hacia él, fijando los ojos durante unos largos segundos sobre su torso desnudo. Acto seguido, había alzado la mirada hasta su rostro.

—Vaya —había dicho en un tono helador—. Su «amigo».

Era increíble cuánta duda y desconfianza podía expresarse con una sola palabra.

Jace hizo acopio de todo su valor y se obligó a sí mismo a calmarse. No hacía falta un psicólogo para darse cuenta de que la mujer estaba dispuesta a despedir a Celie. Y no necesitaba un especialista para deducir que, si se convertía en la causa de ese despido, además de ser el tipo que le había dicho que Matt no se casaría con ella, tendría razones más que sobradas para que lo odiara de por vida.

Jace inspiró lentamente.

—Sí, soy su amigo —dijo—. Desde hace mucho tiempo. Crecimos juntos y la he invitado a que pasara a ver unas fotos de allí de Elmer.

La información salió firme y determinada. Esperaba que la mujer se lo creyera.

—¿Fotos? —dijo ella y le miró, una vez más, el torso desnudo.

—Sí —afirmó él—. Echa de menos su casa. Se lo dijo a su hermana y esta se lo dijo al hombre para el que trabajo. Celie es una buena chica, pero un poco inocente.

Se ha pasado toda su vida en Elmer. Pero decía que quería ver mundo y, al final, lo ha hecho. Estamos realmente orgullosos de ella.

En realidad era cierto, a pesar de lo que le molestaban las cosas que hacía a veces. Pero Celie estaba demostrando que tenía mucho valor.

—¿Así que ha venido a ver cómo estaba? —preguntó la mujer.

—Sí. Su hermana pensó que estaría bien que alguien comprobara si las cosas le iban bien. Yo consideré entonces que era un buen momento para unas vacaciones y decidí venir para que nos sintiera a todos un poco más próximos a ella. Y ha funcionado. Ya no se siente tan sola. Ni siquiera se ha quedado a ver todas las fotos.

Al darse cuenta de la hora que era, ha salido a toda prisa diciendo que tenía que irse a trabajar. Así es ella, tremendamente responsable.

—Ya…

No sabía si la mujer se había creído o no la historia. Durante unos segundos se limitó a asentir mientras él solo podía rogar porque la mujer no le causara a Celie problemas.

—Ciertamente es una muchacha muy responsable —dijo, finalmente, con una inesperada sonrisa—. Muy trabajadora. Pero sí es, efectivamente, un tanto inocente y no ha sido buena idea que se metiera en el camarote de un caballero.

—Somos amigos —dijo él una vez más—. Solo he venido a darle un cierto apoyo moral.

—Ahora ya la ha visto y ha cumplido con su labor. Así que Celie se concentrará en su trabajo —afirmó la mujer.

Jace asintió.

—Por supuesto.

—Me alegro de que estemos de acuerdo —sonrió de nuevo.

Jace sabía lo que la mujer quería oír.

—Comprendido.

—Buenas noches, *monsieur* —dijo finalmente y se alejó por el pasillo con la cabeza alta y sus andares sofisticados, del brazo de su acompañante.

Jace se metió en su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella.

¿Qué demonios había hecho? ¡Había besado a Celie O'Meara y casi

le había confesado que había ido hasta allí para casarse con ella!

Y su respuesta había sido salir corriendo.

El teléfono sonó y él respondió.

—¿Y bien? —dijo Artie—. ¿Qué tal va la cosa?

«El problema de estar en un barco es que no se puede ir a ningún otro sitio», pensó Celie mientras paseaba de un lado a otro por la cubierta.

Todavía sentía el calor de los labios de Jace sobre los suyos. Apretó un dedo contra su boca y aún tenía aquel tacto desconcertante del inesperado beso vibrando en ella.

¿Jace Tucker la había besado? ¡Pero si a Jace ni siquiera le gustaba!

¿O sí?

Siempre había pensado que no se fijaba en ella, que la pequeña y tonta Celie no era la clase de chica que llamaba la atención de un tipo como Jace Tucker.

¿Y si lo era? La idea le provocó un escalofrío. ¿Ella y Jace Tucker?

¡Cielo santo!

Llegó hasta la popa y se detuvo a observar el cielo negro, mientras trataba de ordenar sus ideas.

Había sentido un deseo, una necesidad que jamás antes había experimentado.

Se había notado caliente, hambrienta y desesperada. Había deseado que aquel beso no hubiera cesado jamás. ¡Había deseado a Jace!

Con el cuerpo impregnado de un apetito desconocido comenzó a moverse de un lado a otro, tratando de fijar su atención en la noche estrellada, en aquel cielo de terciopelo negro que le ofrecía su reposo.

Pero el rostro de Jace se le apareció ante los ojos como una imagen viva. Su boca se curvaba mientras decía: «Para esto estoy aquí».

Dejó de andar y se quedó completamente inmóvil. Y, mientras dejaba que la brisa la acariciara, consideró el significado de aquellas palabras.

¿Había ido hasta allí solo para «cortejarla»?

Le resultaba increíble. No era propio de Jace.

—Jace Tucker me desea —dijo en alto, mientras saboreaba su nombre formulado con claridad, tal y como había saboreado su beso una hora antes.

No, no solo la deseaba. Según había dicho, ¡quería casarse con ella!

Bueno, tampoco lo había dicho explícitamente, pero lo había dado a entender.

¿Quería de verdad casarse con ella?

No, no podía ser.

Pero si recapitulaba todo lo que le había ocurrido, la conclusión

era siempre la misma.

Y ella, comportándose como una necia, en lugar de haberle preguntado a qué se refería, había optado por salir corriendo.

—¿Jace Tucker quiere casarse conmigo? —preguntó en alto, incapaz de convertir aquella frase en una afirmación.

Se quedó inmóvil, mirando al vacío, y sintiendo, ¿qué? ¿Paz? ¿Felicidad?

¿Satisfacción? ¿Algo inevitable?

¡Oh, Celie! Negó con la cabeza ante sus idiotas conclusiones.

La sensación que invadía su pecho la tomó por sorpresa. Se rió y notó las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Era presuntuoso pensar que Jace pudiera ser para ella. No se lo creía y, al mismo tiempo, quería creerlo. Y eso también la sorprendía.

Llevaba tanto tiempo soñando con encontrar a su otra mitad… Primero había pensado que era Matt, luego, en sus fantasías, Sloan Gallagher. Pero se había dado cuenta recientemente de que aquellas no eran más que ideas que le permitían mantener sus esperanzas vivas, y que no se relacionaban con la realidad. Porque aún no había aparecido en su vida un hombre de verdad.

¿Sería Jace Tucker ese hombre?

¿La amaba?

¿Y ella lo amaba a él?

Jamás lo habría imaginado. Lo había odiado durante años, a pesar de la fascinación que le provocaba.

Mirar a Jace había sido siempre para ella como mirar al sol: peligroso y fascinante. Su capacidad para disfrutar de la vida, su alegría constante, su simpatía siempre la habían deslumbrado. Recordaba con qué entusiasmo escuchaba las historias que Matt le contaba sobre él. Celie había tenido siempre sentimientos contradictorios respecto a Jace. Por un lado lo admiraba y por otro había temido que la influencia sobre Matt acabara por decidirlo a no casarse con ella.

Y eso había sido exactamente lo que había ocurrido. Precisamente aquel capítulo había hecho que su fascinación se convirtiera en resentimiento.

Además, siempre había tenido la sensación de que Jace no le prestaba mucha atención. Normalmente, lo único que hacía era tomarle el pelo y, en los últimos meses, interponerse en su camino continuamente.

Pero siempre había pensado que lo hacía solo por fastidiarla.

De pronto, ya no sabía qué pensar, pero estaba intrigada, sorprendida… atónita.

La había besado y ella casi se había derretido en sus brazos. Y, en lugar de haberse permitido ver hacia dónde conducía todo aquello,

había salido huyendo, víctima de un ataque de pánico.

Ya no podía regresar, porque podría encontrarse con Simone que, sin duda, estaría dispuesta a despedirla.

Extrañamente, la posibilidad no parecía afectarle. Le daba lo mismo lo que su jefa hiciera.

En aquel instante solo podía pensar en Jace.

Algo se estaba removiendo dentro de ella después de aquel beso, algo había ocurrido entre ellos. Le asustaba y le atraía al mismo tiempo. Y, lejos de lo que esperaba de sí misma, la situación no la incitaba a meter la cabeza debajo de la tierra, sino que le provocaba curiosidad. Necesitaba saber más.

Y estaba dispuesta a hacerlo al día siguiente.

Hablaría con él después de que su jefa la hubiera despedido.

Mientras tanto, se dedicaría a saborear aquel beso recibido, y a pensar en lo que le había dicho.

Sabía que no podría dormir, pero le importaba poco.

Celie ya estaba levantada y vestida a las siete, esperando a que su jefa llamara a la puerta. Eso era lo que le había hecho a Tracy, su ex compañera. Celie suponía que haría lo mismo con ella.

—¿Qué haces? —le había preguntado Allison medio dormida al ver que se levantaba a las seis de la mañana.

—No puedo dormir —le dijo a su amiga, y estuvo tentada de contarle lo sucedido la noche anterior. Pero no lo hizo. No quería que todo el mundo cotilleara sobre ella. Ya bastante lo harían cuando Simone la despidiera.

Así que se limitó a sentarse en la cama y a esperar, esperar, esperar.

Allison se levantó, la miró con gesto de extrañeza y, al salir, allí seguía ella, esperando.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

Celie agarró el libro que tenía en el regazo.

—Es un libro de intriga.

Allison la miró con sorna.

—¿Y si es tan intrigante cómo es que sigues por la misma página que cuando me metí en la ducha? ¿Te vienes a desayunar?

Celie negó con la cabeza.

—Prefiero leer.

Allison se encogió de hombros.

—Como tú quieras —dijo su compañera y se marchó.

A las ocho menos diez, Simone no había aparecido por la habitación. Estaba claro que quería obligarla a ir a trabajar. Así que pensaba hacer un despido público en el salón. Celie se armó de valor y se encaminó hacia allí.

Simone ya estaba allí, hablando con dos pasajeros. En cuanto Celie

entró, dirigió la mirada hacia ella.

—Necesito hablar con usted, por favor, *mademoiselle* O'Meara —la mujer señaló su oficina con un dedo terminado en una larga y roja uña.

Así que la ejecución no iba a ser completamente pública, después de todo. Celie lo agradeció.

—Pase y cierre la puerta, *mademoiselle.*

Celie así lo hizo, luego respiró profundamente y se encaminó lentamente hacia el centro de la habitación.

—Sobre lo de anoche, señora Sabot, fui…

Simone la interrumpió.

—Yo soy la que habla, *mademoiselle,* y usted la que escucha. Hablé con su amigo

—comenzó a decir Simone.

—¿Mi amigo?

—El vaquero —dijo Simone pacientemente—. Me explicó por qué estaba allí.

Me dijo que la había invitado a ver unas fotos de Elmer —Celie la miró desconcertada pero no intervino. Su jefa continuó—. Supongo que sabe que no estuvo bien que entrara en el camarote de un pasajero. Recordará que ya se lo advertí.

—Sí, *madame.*

—Pero comprendo que echara usted de menos su casa. Es difícil estar tan lejos durante tanto tiempo.

—Sí…

—Usted es nueva en este oficio, *mademoiselle* O'Meara. Es perfectamente normal que sienta el peso de la distancia. Pero no quiero que algo así vuelva a suceder. ¿De acuerdo?

—Yo…

—Sí —Simone respondió a su propia pregunta—. La única respuesta posible es

«sí». ¿Lo entiende? Bien. Ya es hora de que se incorpore al trabajo.

Asintió bruscamente, se dio media vuelta y abrió la puerta.

Celie no se movió. Se quedó inmóvil y desconcertada. ¿No la estaba despidiendo? ¿Jace había mentido y la había salvado de un despido? ¿Por qué lo habría hecho?

—¿A qué espera, *mademoiselle?* —Simone golpeó con la uña la puerta impacientemente—. Su primera clienta está esperando.

—Ya… bien —Celie se apresuró a salir. Todavía tenía trabajo.

Pero, ¿y qué pasaba con Jace?

Durante todo el día, Celie estuvo esperando a que Jace apareciera.

El mar estaba particularmente agitado, pero Celie permaneció firme en su puesto. El tiempo no le preocupaba, lo único que le importaba era saber cuándo Jace iba a aparecer.

En tanto en cuanto permaneciera allí, sabía dónde localizarla.

Se pasó la mañana en la peluquería, pero Jace no apareció y, cuando por la tarde tuvo que meterse en la sala de masajes, no pudo evitar recurrir a Allison.

—¿Te acuerdas de ese amigo mío que está en el barco? Si viene, por favor, házmelo saber.

—¿Ya no quieres que le diga que no estás? —preguntó Allison extrañada.

—No. Necesito hablar con él.

Pero pasó toda la tarde sin que él hubiera aparecido.

Celie no entendía lo que pasaba. Nadie decía las cosas que le había dicho Jace el día anterior y luego se desvanecía en el aire.

Todo aquello llegó a hacer que se cuestionara qué era realmente lo que le había dicho la noche anterior. ¿Lo habría mal interpretado? Puede que las palabras pudieran ser confusas, pero el beso fue muy claro. ¿O no?

—No ha venido —el dijo Allison cuando salió de la sala de masajes —. Y te aseguro que es tan guapo que no podría pasar desapercibido.

—Lo sé —respondió Celie.

Y esa era una de las cosas que siempre habían hecho que le pareciera inalcanzable. Era tan guapo como Sloan Gallagher y mucho más interesante.

Jace Tucker podía tener a cualquier mujer que quisiera. ¡No podía quererla a ella!

Pero, una y otra vez, volvía a pensar en aquel increíble beso.

Tenía que saber qué era realmente lo que Jace quería. Así que decidió ir a su habitación.

Al encaminarse hacia la puerta del salón de belleza, Simone la miró de un modo que pareció estar leyéndole el pensamiento.

Celie respiró profundamente y sonrió.

—¿Quieres venirte al cine después de cenar? —le preguntó Allison cuando se disponía a salir.

—No, hoy no. Tengo algo que hacer.

—Ya. ¿Vas a terminar ese libro? —preguntó Allison con sorna.

—¿Qué?

—Sí, como me imaginaba —se rió su amiga y no siguió interrogándola—. Buena suerte.

Celie reconoció que la necesitaba.

Se sentía insegura y pensó que, quizás, debía olvidarse de todo aquello y fingir que no había sucedido.

Pero le resultó imposible.

Se duchó, se quitó el uniforme y se puso unos pantalones negros con una camisa de seda roja. Había sido una de sus primeras compras de ropa después de llegar al crucero y era un atuendo que parecía

imprimirle valor.

Lo iba a necesitar.

Se maquilló utilizando todos los trucos que le habían enseñado Simone, Stevie y Brigit. Allison llamaba a aquello «pintura de guerra». Celie requería de todas sus armas.

Una vez concluido su trabajo artístico se miró al espejo satisfecha.

—Ya estoy preparada —se dijo y luego pensó: ¿«O no»?

Sí, tenía que estarlo, podía hacerlo. Pero, ¿por qué no había ido él a buscarla?

Eso le preocupaba, la inquietaba, la volvía loca. Jace siempre la había vuelto loca.

¿Hacía solo veinticuatro horas que había ido a su camarote con ánimo de reprenderlo por tratar de seducir a todas las mujeres del barco? ¡Dios santo! Se detuvo de golpe, presa de un ataque de pánico y de una repentina conciencia de su estupidez.

Todavía estaba a tiempo de dar media vuelta y regresar por donde había venido.

No, no podía hacer eso. Así que llegó hasta la puerta de Jace y llamó.

Él no respondió.

Celie comenzó a moverse de un lado a otro, presa del nerviosismo. De pronto, vio a una pareja que se aproximaba.

«Por favor, que no sea Simone».

No lo era. Los saludó cuando pasaron a su lado y la pareja sonrió.

Celie volvió a llamar.

No, Jace no estaba allí. ¿Cómo iba a estarlo? Ya era la hora de la cena y seguramente estaría en alguno de los comedores con las rubias. O, tal vez en la habitación de alguna mujer…

La puerta se abrió y apareció Jace sin afeitar. La miró y gruñó.

—¡Maldición!

—¿Qué te pasa? —le preguntó Celie.

Él tenía un aspecto patético, con el pelo revuelto y el rostro lívido, y estaba a medio vestir.

—Jace?

—¡Vete! —trató de cerrar la puerta, pero ella puso el pie—. Maldita sea, Celie.

—¿Qué te pasa?

Él miró de un lado a otro, desesperado, se tambaleó de mala manera hasta llegar a la cama.

—Estoy mareado.

Para Jace aquello era peor que estar muerto. Al menos muerto, no habría sentido aquellas terribles náuseas.

¡Barcos! ¿A quién se le había ocurrido inventarlos? Si Dios hubiera querido que el hombre navegara, habría hecho el mar plano. ¿Cómo

se las arreglaba la gente para vivir así?

¿Y por qué demonios había ido él allí?

Por Celie. Había ido a ganarse a Celie. Artie había pensado que sería una buena idea. Jace quería matarlo.

Había estado dando vueltas en la cama durante horas y no había tenido ni un solo pensamiento realmente racional desde la medianoche. Le preocupaba lo que Celie habría pensado de lo sucedido.

Tendría que ir a buscarla para explicarle lo que le había contado a su jefa, para decirle que no quería que la despidieran. También para asegurarle que no se quería aprovechar de ella, porque estaba seguro de que esa era la conclusión que habría sacado de aquel beso.

Y, mientras trataba de encontrar qué decir, había empezado a sentirse mal. No sabía si había sido cuando el suelo había comenzado a separarse de sus pies, o cuando las luces habían iniciado aquel inesperado balanceo.

Se había tumbado esperando que el mareo cesara, pero no lo había hecho.

A la mañana siguiente la camarera que había entrado a hacerle la habitación le había preguntado si quería algo para calmar el mareo.

La sola idea de meter una sustancia en su estómago se había hecho insoportable y había respondido que no.

—Llame cuando necesite algo —le había dicho la mujer.

«¿También para organizar mi funeral?», había pensado él. Era la única cosa que se le había hecho apetecible en aquel momento.

No había conseguido levantarse de la cama en todo el día.

Las rubias habían ido a buscarlo para comer y cenar. Pero no había podido ir.

—Se supone que preparan algo que ayuda contra el mareo —dijo Deb—.

¿Quieres que te lo traigamos?

—No —había respondido él una vez más.

Una hora más tarde, alguien había vuelto a llamar a la puerta. Suponiendo que sería Deb de nuevo, no había abierto. Pero ella había insistido. No parecía dispuesta a marcharse.

—Ya voy —dijo, decidido a decirle cualquier cosa para que lo dejara tranquilo.

Pero al abrir la puerta había visto horrorizado que se trataba de Celie. No había tenido reflejos suficientes para cerrarle la puerta.

Lo más que había podido hacer había sido encaminarse hacia la cama y allí estaba en aquel instante.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Demasiado.

—¿Has tomado algo?

—No.

—Pues deberías. Te vas a poner mucho peor si no lo haces. Te traeré algo.

Él trató de negar con la cabeza, pero fue un error garrafal. Corrió al baño y cerró la puerta a toda prisa. Un hombre necesitaba un poco de intimidad para cosas así.

—Enseguida regreso —dijo Celie desde fuera.

Jace trató hacer acopio de fuerzas para salir y cerrar la puerta con llave, de modo que no pudiera volver a entrar, pero no fue capaz.

—Bébete esto.

—No —dijo él.

—Sí —insistió ella. Jace protestó.

—Vete.

—No. Estoy intentando ayudarte.

—Pues pégame un tiro.

—Lo siento, pero no tengo ninguna pistola a mano. Bébete esto. Te aseguro que te ayudará. Vamos.

Jace se volvió hacia ella sin poder fijar la vista.

—Si me lo tomó, lo vomitaré.

Ella lo estaba mirando con aquellos maravillosos ojos azules.

—No, no lo vomitarás.

Él cerró los ojos.

—Tenemos que hablar, Jace —dijo ella con una voz suave y dulce, llena de preocupación—. Sobre lo que ocurrió anoche.

—Yo no… —no pudo explicar nada. No era el momento. Seguramente jamás lo sería.

Ella tragó saliva, dudó.

—¿No hablabas en serio?

Algo en su voz lo intranquilizó. Parecía nerviosa, con un toque de aprensión.

Abrió los ojos y la miró. Su gesto era serio y expresivo. Lo que estaba a punto de oír parecía muy importante para ella.

—Sí, sí hablaba en serio.

Celie sonrió y él sintió que el sol lo iluminaba todo. Era aquella sonrisa de ángel, dulce y alegre. La había visto antes, cuando Celie tenía un bebé en brazos, cuando había ido a ver a Artie al hospital, cuando había besado a su madre recién casada ante el altar.

Ella le acarició suavemente el pelo y le pasó los dedos sobre las mejillas calientes.

—Venga, Jace, tómate esto. Te sentirás mejor —le ofreció el vaso.

Él lo aceptó y se lo bebió como pudo. Luego se lo devolvió y se tumbó de nuevo.

—¿Satisfecha? —le preguntó.

Celie sonrió.

—¿Satisfecha? —repitió en otro tono interrogativo—. Pues no, todavía no.

Capítulo 6

Había tenido un sueño realmente extraño. Celie y él dormían juntos, se tocaban.

Ella le acariciaba el pelo, incluso lo había besado antes de que se quedaran dormidos…

Se despertó confuso y desorientado, enredado entre las sábanas, tratando de recordar con más precisión el sueño.

Pronto se dio cuenta de que ya no estaba mareado, de que las luces ya no se balanceaban y de que había un vaso en la mesilla.

Entonces pensó que, quizás, no hubiera sido un sueño.

Celie había estado allí.

Se dio la vuelta y extendió el brazo. El otro lado de la cama estaba vacío, pero la almohada estaba aplastada contra el cabecero y la colcha estaba revuelta.

Posó la cabeza sobre la almohada e inhaló con fuerza. Era el aroma suave y refrescante de Celie. Ella había estado allí.

Pero se había marchado.

¿Por qué?

Recordó vagamente que le había acariciado la cara y le había dicho con una amplia sonrisa:

—Voy a ver si mi jefa me necesita. Enseguida vuelvo.

¿Cuánto tiempo hacía de aquello? No sabía qué hora era, pero, a través del ojo de buey se veía un sol intenso. Debía de ser tarde. Y no había regresado. ¿Por qué?

¿Se lo habría pensado dos veces? ¿Habría hecho algo imperdonable mientras estaba dormido?

Trató de recordar, y todo cuanto le vino a la memoria le resultó embarazoso.

Había estado toda la noche enfermo, vomitando. Pero ella había permanecido a su lado.

Podría haberse ido después de haberle traído aquella bebida. No lo había hecho. Se había quedado a su lado y le había pedido que pusiera la cabeza sobre su regazo.

Algo más tarde, se había despertado y la había visto tumbada a su lado.

Estaban los dos dulcemente abrazados.

Se había pasado diez años imaginando lo que sería estar en la cama con Celie O'Meara, ¡y jamás había supuesto algo así!

Y, sin embargo, había sido algo hermoso, algo honesto y real, algo que no había experimentado con ninguna otra mujer. Celie era la primera con la que se había limitado a dormir en el estricto sentido de la palabra.

Se incorporó lentamente temeroso de que su cabeza le jugara una

mala pasada.

No ocurrió. La habitación ya no se movía, su estómago no estaba revuelto. Tenía mal sabor de boca, pero eso tenía solución. Se lavaría los dientes, se daría una ducha y se vestiría.

Después, se iría a buscar a Celie O'Meara. Tenían que hablar.

—¿Cómo que tengo que trabajar? —preguntó Celie.

Simone sonrió y continuó con firmeza.

—Lo siento —le dijo—. Stevie está enfermo y Allison no puede hacerlo todo ella sola. Stevie tenía un montón de cortes de pelo para esta mañana y una serie de masajes para la tarde. Es una suerte que tú también estés cualificada para ello.

—Pero…

No había «peros» posibles. Sustituir a alguien cuando se ponía enfermo era parte de su trabajo.

Pero Celie tenía otros planes.

Después de dejar a Jace, se había encaminado a su habitación, se había dado una ducha rápida, se había puesto el uniforme y había subido a ver a Simone, confiando en que pronto podría volver con Jace, pues era su día libre. Necesitaba hablar con él.

—Así que empiezas ahora —no era una pregunta, sino una orden —. Tu primera clienta está aquí.

Celie suspiró, respiró profundamente y se puso su mejor sonrisa de crucero, con la esperanza de que Jace entendiera por qué no regresaba.

Allison no dejaba de mirarla con un gesto interrogante.

—Te eché de menos anoche —le dijo en una afirmación que en realidad significaba: «¿Dónde te metiste?»

Celie se limitó a sonreír y a asentir.

—Sí.

Allison insistió.

—¿Qué estuviste haciendo?

—Nada —respondió Celie. Y era la verdad. ¡Había estado en la cama con Jace Tucker y no había sucedido nada! Aún…

Solo de pensar en lo que podrían hacer le provocaba sudores fríos y sofocos.

Pero tenía que reconocer que lo sucedido entre ellos había sido realmente hermoso.

Estar allí, tendida con él, acariciándolo, había convertido la pasada noche en la más memorable de su vida. Lo que, sin duda, venía a demostrar cuan pobre y carente de emociones había sido su existencia en general.

Allison seguía mirándola expectante. Pero Celie no dijo nada más.

Se centró en su trabajo, mientras su primera clienta le contaba cómo iba a pasar el día en tierra, en una isla privada que el crucero

alquilaba para disfrute de sus pajeros, y que Celie ya había visitado.

Pero no se podía centrar en nada de lo que la mujer decía, pues no paraba de pensar en Jace.

¿Estaría dormido aún? ¿Qué pensaría al despertarse? ¿Recordaría que ella había estado allí? Ella jamás lo olvidaría.

No habían tenido ocasión de hablar, solo se habían tocado. Pero, lo cierto era que no habían necesitado palabras.

No obstante, aún le resultaba difícil entender todo aquello, creerse lo que estaba ocurriendo.

¿Y si ella estaba equivocada?

Recapituló una y otra vez lo sucedido para cerciorarse de que no eran imaginaciones suyas.

—¡Te he dicho que solo me cortaras las puntas! —dijo indignada la mujer a la que estaba atendiendo.

—¡Oh! Ya… es que tengo, tengo que igualar esta zona —se justificó, sin poder evitar ruborizarse.

Trató de concentrarse, pues no estaba bien que dejara calvas a las pasajeras del barco.

Simone la miró a través del cristal de su oficina con aquel rigor implacable.

Celie hizo acopio de todas sus armas.

—¿Ha pensado alguna vez optar por un pelo más corto y a capas? Eso le destacaría los pómulos, así.

La mujer volvió la cabeza para verse desde otro ángulo.

—Podría ser interesante —dijo, cambiando su gesto arisco.

—Creo que le favorecería.

—De acuerdo —dijo la clienta.

Celie sonrió y comenzó a cortar, decidida a no pensar en Jace por un momento.

Pero, apenas si acaba de tomar aquella determinación, cuando lo vio por el espejo.

—¡Oh! —se sobresaltó y dio un tijeretazo que, por fortuna, no tuvo consecuencias nefastas—. Lo siento —farfulló a la mujer que la miraba atónita y furiosa, y se volvió hacia Jace—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Allí estaba él, afeitado, vestido y mucho más guapo de lo que lo recordaba.

Aunque estaba un poco pálido aún, su mirada brillante y su gesto expresivo compensaban todo lo demás. Lo veía más atractivo que nunca.

A juzgar por el gesto de su clienta, Celie no era la única que lo pensaba.

También lo miraron las dos mujeres que estaban esperando, Allison y, por desgracia, Simone.

—Me dijiste que volverías —le dijo él.

—Lo iba a hacer. Pero Stevie está enfermo y he tenido que sustituirlo.

—Necesitamos hablar —no era consciente de que todas las miradas se centraban en él. Celie tampoco veía a nadie más.

Hasta que, de pronto, vio de reojo que Simone se levantaba y se disponía a salir de su cubículo.

—No podemos hablar ahora —dijo Celie.

—¿Por qué?

—Por mi jefa.

—¡Vaya, el «amigo»! —dijo Simone. Le lanzó una sonrisa glacial a su empleada y arqueó sus cejas perfectas—. Creía que ya habíamos hablado.

—Así es. Pero ahora necesito hablar con Celie.

—Celie está trabajando. ¿Quiere que le dé una cita?

—No, él solo…

—Sí. Quiero una cita con Celie —dijo firmemente.

Simone lo miró fijamente durante unos segundos. Luego, abrió lentamente el libro de citas.

—Lo siento, pero Celie no tiene ni un minuto libre. ¿Quiere una cita con Allison?

—No.

—Pues, entonces, no puede ser. Ahora, si nos disculpa —Simone le indicó a Jace con un gesto el camino de salida.

Jace se tensó y permaneció impasible y estático ante ella.

Celie inspiró convencida de que estaba a punto de ocurrir un desastre. Lo mismo debieron pensar Allison y las clientas presentes a juzgar por sus gestos.

Pero después de unos largos segundos, Jace se encogió de hombros y asintió.

—Por supuesto —dijo él encaminándose hacia la puerta. Pero antes de salir, se giró hacia Celie—. Volveré.

Celie se preguntó si él regresaría hecho una furia o no. Con Jace Tucker nunca se sabía.

Trabajó el resto de la mañana bajo la estricta mirada de Simone, hasta que por la tarde pudo refugiarse en la sala de masajes.

Allí le resultó más fácil concentrarse en sus propios pensamientos y soñar con Jace sin peligro de cortarle a nadie una oreja.

Después de una larga sesión, le llegó el turno a su última clienta. Llamó a Marguerite para que la hiciera pasar y miró en su lista de quién se trataba.

—Lo mejor para el final —se dijo al ver que era Gloria Campanella, una saludable y rica viuda de ochenta y cinco años que se pasaba gran parte del año haciendo cruceros de un puerto a otro en busca de no se sabía qué.

—Va en busca de la mejor cura para la soledad —decía Armand—. La pareja perfecta.

Era una mujer vestida siempre de un modo impecable y con un Martini en la mano. Stevie era el que la peinaba y le daba los masajes, el único que sabía llevarla y encandilarla. Con el resto usaba su lengua bífida y todo el mundo sabía que era mejor no llevarle la contraria.

La puerta se abrió y Jace entró.

Celie lo miró atónita.

—¿Qué estás…?

—No podía esperar.

—Pero… ¿y la señora Campanella? ¡La señora Campanella se va a poner furiosa y Simone también!

—Simone no tiene por qué enterarse.

Claro que se enteraría.

—La señora Campanella…

—La señora Campanella ha cambiado de opinión.

—¿Qué? ¡Nunca lo hace!

—Esta vez sí. La he chantajeado.

—¡No puede ser!

Jace asintió, perfectamente serio.

—No estaba realmente muy interesada en que tú le dieras un masaje —dijo él

—. Prefería a ese tal Stevie.

—Ya, pero…

—La invité a un Martini y escuché la historia de su vida. Es una mujer solitaria y le gustan los hombres, especialmente los vaqueros.

A Celie le resultaba difícil imaginarse a la pequeña e inmaculada señora Campanella, que siempre le recordaba a un boceto de los diseños originales de Félix Diamante, junto a Jace vestido con sus vaqueros y su camisa.

—Pero no me puedo creer…

—Está muy ocupada planeando su viaje a Elmer —le dijo Jace—. Le dije que, si me dejaba, le concertaría una cita con un vaquero de noventa años.

Celie se quedó boquiabierta.

—¿Artie? —¿con Gloria Campanella? Eso era increíble.

—Era lo mínimo que Artie podía hacer por una buena causa.

—¿Qué causa?

—Nosotros.

Ellos. Allí estaban al fin, cara a cara. Jace Tucker y Celie O'Meara, no mucho menos extraño que Artie Gilliam y Gloria Campanella.

Sus miradas se encontraron. Celie se humedeció los labios nerviosamente.

—¿Realmente…. realmente has venido al crucero por mí?

—Sí —dijo Jace—. Así es.

—Pero yo pensé… —se detuvo y recapacitó sobre lo que iba a decir, sobre lo que había creído durante todos aquellos años. Agitó la cabeza de un lado a otro—.

Pesé que no podías soportarme.

Jace la miró perplejo.

—¿Qué?

—Cuando Matt te trajo con él aquel día para decirme que se iba contigo, ni siquiera me miraste. No querías tener nada que ver conmigo —le dijo.

Jace apartó la mirada.

—No podía —se metió las manos en los bolsillos y miró por la ventana.

—¿No podías? ¿Qué no podías?

—Mirarte.

Ella lo observó confusa.

—¿Por qué?

Alzó los ojos.

—Porque eras la chica de Matt.

—¿Qué?

Jace se encogió de hombros y se alejó de ella.

—Ya me has oído.

—¿Tanto importaba eso? —preguntó Celie tratando de entender lo que intentaba decirle.

—Se supone que no debía querer a la novia de mi amigo —dijo Jace.

Ella abrió la boca y luego la cerró incapaz de decir nada.

¿La había querido durante todos aquellos años? ¿Jace Tucker la había querido a ella? La idea le resultó repentinamente absurda. Y, sin embargo…

Él la miraba como si de algún modo todo hubiera sido culpa de ella.

Al cabo de un rato, ella exclamó.

—¡Oh!

Jace hizo una mueca.

—Así es —se pasó una mano por el pelo—. Me pareció que lo mejor sería no tener nada que ver contigo.

Ella no sabía qué decir. Su mente daba vueltas a toda aquella nueva información, tratando de darle una nueva interpretación a muchas cosas.

—Entonces tú influiste en Matt… —comenzó a decir ella.

—No hice nada a propósito —le juró—. Quizás fuera un mal ejemplo, pero él tomó sus propias decisiones.

—Quería ser como tú.

—Porque era un necio —Jace caminó de un lado a otro. Luego se volvió y la miró—. De verdad siento que las cosas fueran tan duras para ti. Sé que sufriste mucho. Pero realmente pienso, Celie, que estás mejor sin él.

—Lo sé —respondió ella.

Su afirmación lo sorprendió.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Al verlo en la distancia me doy cuenta de que también él trató de decirme eso al abandonarme. Un hombre que se va a los rodeos no es alguien preparado para formar una familia —ella sonrió—. Sencillamente yo no quise verlo. Tenía mis sueños.

En realidad había estado más enamorada de sus esperanzas e ilusiones que de él. Matt habría representado el vehículo para poder cumplir sus sueños.

—Fue lo mejor que podía suceder —dijo ella.

—Sí —confirmó Jace—. Aunque no pensaste así en aquel momento. Sé que me odiaste.

—Sí.

—Y me has odiado durante mucho tiempo —insistió él.

Celie asintió.

—¿Por qué?

—Porque tú eras testigo de mis fracasos y me veías como una perdedora.

—¿Cómo?

—¡Matt me abandonó!

—Matt era un idiota. Creo que eso había quedado claro.

—No. Matt tenía que madurar, cambiar algunas cosas… Pero siempre pensé que él no me había considerado suficiente para él.

Se dio la vuelta, con el rostro encendido por la vergüenza. No podía creerse que estuviera teniendo aquella conversación con él.

—No puede ser —dijo él realmente impactado.

Se aproximó a ella rápidamente y la tomó entre sus brazos. Celie se mostró algo reticente, pero él insistió y volvió a abrazarla. La apretó contra su cuerpo y la besó dulcemente.

Fue un beso tan profundo, hambriento e intenso como el que le había dado la primera vez. Hablaba de un deseo ya antiguo, de una necesidad de mucho tiempo.

Celie dejó de resistirse y comenzó a responder y a decirle con su entrega todo lo que no habría podido decirle con palabras, sobre el dolor, la angustia, la soledad y el vacío de todos aquellos años, sobre sus sueños y esperanzas.

Fue Jace el que finalmente rompió el encantamiento.

—¡Guau! —dijo él—. Creo que nos deberíamos moderar, a menos

que quieras escandalizar a esa jefa tuya.
Celie se rió.
—Sin duda se escandalizaría.
—No queremos que ocurra eso, así que vámonos a un lugar donde no nos molesten.
—No puedo.
—¿Por qué no?
—Tengo que estar aquí hasta las seis. Simone estará vigilándome.
—¿Y qué importa?—dijo Jace.
—¡Es mi trabajo!
El iba a responder pero se contuvo. Cerró la boca y asintió.
—De acuerdo. Entonces, adelante.
Celie parpadeó perpleja.
—¿Adelante con qué?
Él sonrió.
—Mi masaje.
—¿Quieres un masaje? —dijo Celie y sonrió después de un breve instante de desconcierto.
—A menos que seas una cobarde —la retó él. Ella sonrió.
—Vamos a ver quién es el cobarde aquí.
Jace tuvo la inmediata sospecha de que el cobarde iba a ser él.
—Quítate los pantalones —le dijo ella—. Te doy unos minutos.
—No tienes que salir de aquí… —comenzó a protestar él, pero ella ya había salido.
Sonriendo en anticipación de lo que sería sentir las manos de Celie sobre todo su cuerpo durante una hora.
Ella regresó con un CD de música celta cuya melodía le recordaba a una película que había visto.
Jace sonrió.
—Esta música, ¿no tiene algo que ver con un barco hundiéndose?
Celie ignoró el comentario.
—Ponte boca abajo y deja los brazos sueltos.
Ella comenzó a frotarse las manos.
Su masculinidad reaccionó ante lo que prometía ser aquella sesión.
Celie posó las manos sobre su espalda.
—Estás muy tenso.
—Es que estoy… muy caliente.
—Me ocuparé de eso —le prometió ella.
Él la miró sorprendido.
—¿Aquí?
—Sí, claro —respondió ella.
Pero Jace pronto se dio cuenta de a qué se refería.
Esperaba tumbarse allí y que Celie lo sedujera mágicamente. Pero, en lugar de eso, se puso a trabajar sobre cada músculo entumecido,


sobre cada lesión.

—¿Te hago daño?

—No —mintió él.

Ella comenzó a hacer más presión.

—¿Y así?

—¿Qué eres, una sádica?

—No. Estás muy tenso y lleno de nudos. Déjame ver si puedo quitarte toda esa tensión. Soy estupenda en masajes neuromusculares —dijo ella. Jace pensó que no sonaba muy sugerente—. Te sentirás bien cuando haya terminado.

—Supongo que lo mismo que cuando dejan de darte en la cabeza con un martillo.

Celie se rió.

—Algo así.

Trabajó con fuerza sobre cada centímetro de su cuerpo. Y, aunque no fue la sensual experiencia que Jace había esperado, se sintió bien, tal y como le había ocurrido la noche anterior en el camarote.

Cuando Celie llegó a las piernas, Jace se sobresaltó.

—Esa fue la que me rompí el pasado diciembre y todavía me duele.

—Me ocuparé de ella.

Primero se centró en la otra pierna y, cuando terminó, empezó con la que tenía la lesión.

—Ah —expresó él aliviado al final del trabajo.

—¿Mejor? —le preguntó Celie.

Él asintió.

—Sí, mucho mejor.

—Bien. ¿Todavía estás caliente?

Jace hizo una mueca al darse cuenta de que ya no.

—Podría estarlo en cuestión de minutos.

En silencio, Celie deslizó las manos por la parte de atrás de sus piernas hasta sus glúteos, llegando a la goma de sus calzoncillos. A Jace no le hicieron falta minutos, sino segundos para volver a estar caliente.

Se volvió hacia ella.

—¿Celie?

Ella sonrió y miró el reloj.

—Vaya —dijo en tono de sorna, encogiéndose de hombros —. Se nos acabó el tiempo.

Capítulo 7

Podría haber convertido el masaje en toda un arma de seducción, pero no lo había hecho porque estaba trabajando. Tenía una serie de principios a los que adherirse y pensaba seguir fiel a ellos. Incluso aunque se tratara de Jace.

Además, se había dado cuenta de que él necesitaba algo que ella podía proporcionarle. Los vaqueros, por definición, siempre tenían lesiones, y el cuerpo les seguía doliendo todavía años después de haber dejado los rodeos.

Jace no era una excepción.

La noche anterior había visto sus viejas cicatrices. Las había tocado suavemente mientras él dormía y se había preguntado cómo se había hecho cada una de ellas.

Quizás algún día se lo contaría.

Durante una hora había hecho lo posible por aliviar sus dolores.

Si Simone se hubiera enterado de que no era la señora Campanella la que estaba en la cabina de masajes y hubiera entrado, habría encontrado a Celie actuando como lo que era: una masajista terapéutica.

Hasta el último momento, en que se había transformado en la mujer que quería hacer el amor con Jace.

Al sentir sus manos seductoras, él se había incorporado rápidamente como un hombre sin dolores, sin cicatrices, y la había tomado en sus brazos. No le había resultado difícil adivinar cuan excitado estaba.

—Te has buscado esto, Celie O'Meara —le había dicho.

—¡Jace!

—No empieces algo que no estás dispuesta a terminar —le había susurrado sobre los labios.

—Pienso terminarlo, pero no aquí.

—Entonces, vamos a mi camarote.

—Tengo que hacer unas cuantas cosas antes de irme. Pero será rápido —le prometió ella.

—Muy rápido —insistió Jace.

—Sí. Terminaré mientras tú te vistes —quitó las sábanas de la camilla y se encaminó hacia la puerta.

Él la agarró del brazo antes de que saliera.

—No vas a desaparecer, ¿verdad?

—No, no voy a desaparecer.

Se sentía como un adolescente: ansioso y desesperado, torpe, extraño.

Era un tipo que tenía una ganada fama de seductor y que, sin embargo, se sentía como un necio patoso en aquel instante.

Prácticamente la había arrastrado hasta su camarote. Pero, en el instante en que había cerrado la puerta, todo había cambiado. Había empezado a sudar y no por efecto de la excitación, sino de los nervios.

Iba a hacerle el amor a Celie O'Meara.

Tenía el estómago encogido y el cuerpo le temblaba. Estaba seguro de que lo estropearía todo, y le resultaba increíble. ¿El, Jace Tucker, estaba sufriendo un ataque de pánico solo porque se iba a meter en la cama con una mujer?

La diferencia era que no se trataba de una mujer cualquiera, sino de la única que realmente le había importado. Eso hacía de aquella una situación única.

Hasta entonces, sus relaciones habían sido siempre un pasatiempo. Por supuesto que se había preocupado de que sus amantes disfrutaran tanto como él, pero jamás el acto había tenido un significado profundo. No había sido más que un desahogo físico. Nunca había tenido problemas en marcharse sin mirar atrás.

En aquella ocasión no sería así.

No podría dejar a Celie. Porque ya no era solo su cuerpo o su mente o su corazón o su alma los que estaban en juego, sino también los de ella.

Por eso tenía que hacer las cosas bien y demostrarle cuánto la amaba.

Para ser un tipo que había escrito páginas y páginas en su vida sobre cómo no comprometerse, aquel era un paso aterrador.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Celie, mientras lo miraba con curiosidad de pie junto a la cama. Acababa de desabrocharse la camisa y ya se la estaba quitando, dejando ver unos senos turgentes recogidos dentro de un sujetador de encaje en color albaricoque.

Deslizó lentamente las manos hacia el cierre.

—¡Para! —dijo él, y ella lo miró.

—¿Qué? —preguntó ella, sin apartar las manos de los corchetes.

—Quiero… —tragó saliva. Tenía la boca seca. Se aclaró la garganta—. Quiero hacerlo yo.

Celie bajó las manos, asintió y se quedo esperándolo.

Él se encaminó hacia ella y se detuvo a unos pocos centímetros. Observó el modo en que sus senos subían y bajaban al ritmo de la respiración.

Inspiró profundamente y se puso manos a la obra. Sentía los dedos toscos y torpes, le mortificaba verlos temblar.

Levantó la mirada hasta su rostro para ver si se estaba riendo de él. Pero no.

También temblaba.

Eso hizo que se sintiera mejor. Consiguió desabrocharle el sujetador y se lo quitó lentamente, descubriendo sus pechos cremosos.

—Bien… —dijo él y comenzó a acariciarlos lentamente.

Ella gimió ligeramente, pero no se movió. Se quedó inmóvil, sintiendo su tacto.

Descendió hasta su cintura y deslizó un dedo por el interior de sus pantalones.

—¡Jace! —exclamó ella.

—¿Sí? —preguntó él, mientras le besaba los hombros, el cuello y las mejillas.

Con la lengua saboreó su carne y ella se estremeció.

Celie le sacó la camisa de los vaqueros y comenzó a acariciarle lentamente la espalda, con tanta necesidad y urgencia como la de él. Tomó el final de su camisa y se la quitó por la cabeza, lanzándola a un lado.

Ella apretó las palmas contra su pecho y, luego, se puso a juguetear con sus pezones, hasta que sus dedos fueron sustituidos por su lengua. Jace inspiró con fuerza y la agarró de los glúteos, atrayéndola hacia sí.

—Cuidado —le dijo.

Pero Celie negó con la cabeza mientras continuaba besándolo con fervor.

—Llevo demasiado tiempo teniendo cuidado —descendió hasta la hebilla del cinturón.

Aquella frase fue como un chorro de gasolina derramado sobre una hoguera.

Todos los miedos o preocupaciones de Jace fueron acallados por el deseo, su pánico devorado por la necesidad de hacerla suya.

Llevaba toda la vida esperando aquello.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Su respuesta fue desabrocharle el cinturón y la cremallera del pantalón. Pronto sintió su miembro pujante liberado de la presión de la tela.

Fue entonces él quien se dispuso a eliminar la barrera que suponían los pantalones de ella. Se los quitó lentamente.

Se tumbaron juntos sobre la cama y ella empezó a moverse seductoramente debajo de él.

—¡Celie, espera! Tienes que ir más despacio…

—¿No puedes aguantar? —le susurró sobre los labios, mientras sus manos se deslizaban por lugares prohibidos.

Él se las sujetó.

—Quiero que también sea perfecto para ti. Quiero… —farfulló su última palabra demasiado excitado como para hablar—. Quiero hacer las cosas bien.

Celie lo besó suavemente.

—Todo va bien, Jace —lo besó de nuevo y levantó sus caderas ofreciéndose—.

Tómame.

Lo hizo. Ya no podía esperar más. Llevaba esperando toda la vida. La quería de inmediato.

Y por el modo en que ella se ofrecía, Celie sentía lo mismo. Le hundió los dedos en la espalda y volvió a levantar su pubis.

—Vamos, Jace.

—Sí —dijo él y se abrió paso dentro de ella.

«Al fin», pensó Celie.

Su sueño se hacía realidad. Era el final de sus noches solitarias, de su anhelo de amor. Jace Tucker la amaba, la acariciaba, la besaba.

Era lo mejor que le había sucedido nunca. Él era su otra mitad.

El éxtasis de él la llenó por completo, reconstruyendo todos sus sueños rotos y devolviéndole la ilusión.

Permaneció sobre ella una vez satisfecho, pensando que debía levantarse, que pesaba demasiado. Hizo un amago de retirarse y ella lo detuvo.

—No —le susurró.

Él levantó la cabeza y la miró. ¡Ella estaba llorando!

—¿Te he hecho daño? —le preguntó alarmado.

Celie sonrió y negó con la cabeza.

—No me has hecho daño. Ha sido maravilloso, ¡maravilloso! Tú eres maravilloso.

Jace parpadeó confuso.

—Entonces, ¿por qué…?

—Siempre lloro cuando me siento feliz.

Estaba feliz. Estaba en sus brazos y se sentía feliz.

Jace estaba experimentando idéntica sensación con una fuerza inusitada.

Rodó sobre la cama y se la puso encima. Ella comenzó a acariciarle el torso y a moverse sensualmente sobre él una vez más.

Él se excitó y comenzó a respirar aceleradamente. La abrazó amorosamente y volvió a abrirse paso en su feminidad.

Ella lo miraba con una dulce sonrisa.

El teléfono sonó en ese momento.

Jace extendió la mano y respondió con un ladrido.

—¿Qué?

—Quería saber qué tal vas, si has hecho algún progreso.

—Sí —dijo Jace—. Desaparece.

Celie había soñado con largos paseos a la luz de la luna, cenas en una idílica terraza y cientos de lugares en los que ella y el hombre de sus sueños pudieran comprometerse de por vida.

Pero lo que jamás habría esperaba era que eso sucediera de verdad.

Al día siguiente navegaron durante todo el día y Celie, por

supuesto, tuvo que trabajar, mientras la única obligación de Jace era estarse alejado de Simone.

—No quiero que ni tan siquiera te vea —le advirtió—. Prefiero que no sospeche que algo ha ocurrido.

Jace sonrió.

—No tiene más que mirarte para saber que algo ha ocurrido —dijo él lleno de satisfacción.

Celie se ruborizó y, al mirarse en el espejo se dio cuenta de que Jace tenía razón.

Sus ojos brillaban intensamente, su boca aparecía satisfecha por un sinfín de besos y toda ella resplandecía.

Era embarazoso y maravilloso al mismo tiempo.

—No quiero que vayas al salón —insistió ella en un tono severo.

La sonrisa de Jace se hizo picara.

—Yo tampoco quiero ir allí —la tomó en sus brazos amorosamente —. Lo que yo quiero es estar aquí contigo.

—¡Compórtate! —ella se apartó y negó con el dedo.

Él agarró la yema y la acarició suavemente, provocándole un escalofrío.

—Tú no quieres que me comporte —dijo él.

—Lo que yo quiera no importa mucho aquí —dijo Celie firmemente—. Trabajo en el barco.

—Pero mañana tienes el día libre.

—A menos que Stevie siga enfermo —respondió Celie.

—Stevie no se pondrá enfermo. No se atreverá.

No se atrevió. Allí estaba a primera hora de la mañana con un aspecto saludable cuando Celie fue a ver si la necesitaban.

Había temido que Simone aprovechara la ocasión para advertirle que no pasara el día con Jace, pues obviamente debía saber que algo sucedía. Pero estaba ocupada y ni siquiera levantó la mirada.

—Diviértete —le dijo Stevie.

—Lo haré —respondió Celie y se apresuró a ir al encuentro de Jace.

Pasaron el día en la zona holandesa de St. Maarten. Las calles de Philipsburg, la ciudad portuaria, estaban llenas de turistas. Hacía calor, mucho calor. Pero eso no importaba. Iban juntos, de la mano, sus cuerpos tocándose sensualmente.

Jace le compró un sombrero de paja para protegerla del sol y ella insistió en regalarle unas bermudas y unas sandalias.

—¿Qué tienen de malo mis vaqueros y mis botas?

—Nada. Pero aquí hace mucho calor. Además, me gusta verte las piernas.

Jace se ruborizó.

—¡Se supone que tú no dices ese tipo de cosas!

Celie soltó una carcajada. Era verdad, le encantaba mirarle las piernas. Y, por fin, tenía la libertad de hacerlo.

Se había pasado años sin atreverse a mirar a Jace, pero ya no había ningún impedimento.

Por eso, se había levantado a primera hora de la mañana y se había resistido a dormirse otra vez. Se había quedado allí, observándolo y había concluido que, sin lugar a dudas, era un hombre tremendamente hermoso.

Después de un largo paseo, se dirigieron a la playa, donde disfrutaron de las olas y del sol.

A la hora de la comida eligieron uno de los numerosos restaurantes que ofrecía la zona y, después de un opíparo banquete Jace le propuso volver al barco.

—Todavía no —dijo ella. El día era demasiado perfecto, demasiado hermoso y quería disfrutarlo.

Después de comer, dieron una vuelta y visitaron las innumerables tiendas en las que se vendía de todo, desde diamantes a Rolex, pasando por caracolas marinas y estúpidas camisetas.

Celie quería comprar algunos regalos, especialmente para Artie.

—Se lo debemos —dijo ella—. Necesitamos encontrar el regalo perfecto.

Jace protestó.

—Tú buscas y yo te espero tomándome una cerveza —le dijo.

Incluso en un día de cuento de hadas era mucho pedir que la acompañara de compras.

—De acuerdo. Nos veremos en el bar dentro de una hora.

—Bien —dijo él y cruzó la calle.

Ella no dejaba de mirarlo. Estaba tan estupendo con los pantalones cortos como lo estaba con los vaqueros.

Aunque, su mejor atuendo era la ausencia de él. Recordó con deleite su cuerpo desnudo y se sorprendió de lo cómoda que se sentía pensando en él en aquellos términos. Era como si todo el deseo que había tenido constreñido durante años saliera a borbotones al encontrar su foco.

De pronto sintió la tentación de correr tras él y decirle que sí, que quería volver al barco. Pero necesitaba conseguir algo para Artie. Se lo debían.

Fue duro encontrar un regalo para un hombre de noventa años que tenía todo cuanto necesitaba. Acabó concluyendo que lo que más le podría interesar sería compartir aquel crucero con ellos. Así que optó por un álbum de fotos y algunas cámaras desechables para poder tomar instantáneas de los lugares que visitaran.

Ansiosa por volver con Jace, se encaminó hacia el bar antes de haber encontrado todos los regalos. No podía esperar.

Al llegar, se lo encontró tomando una cerveza con las tres rubias del barco. Al verlo rodeado de mujeres, Celie se sintió extraña. Sin embargo, en el momento en que él la vio, se levantó sin dilación y se encaminó hacia ella con una complacida sonrisa en el rostro.

—No tenías por qué dejarlas —dijo Celie rápidamente en cuanto se acercó.

Él la tomó de la mano y salieron a la calle.

—Mejor así —respondió él.

Estaba anocheciendo y tendrían que regresar al embarcadero en cuestión de una hora.

—¿Qué tal si nos vamos a los acantilados de Cupecoy? —sugirió Celie.

Más de una vez había soñado con ir allí con ese hombre perfecto que algún día habría de encontrar.

Jace sonrió.

—Suena bien.

Se hicieron fotos delante del bar, primero por separado y luego juntos.

—Quiero hacerle a Artie un álbum con imágenes de lo que compartamos en este viaje.

—De algunas cosas, no de todas —dijo Jace.

Celie sonrió.

—No, no de todas.

De camino hacia el acantilado tomaron fotos de los demás lugares en los que habían estado.

Luego, subieron en taxi hacia la parte alta y Jace le dijo al conductor que volviera en media hora.

El lugar era tan idílico como ella había soñado, con el sol tiñendo el paisaje de tonos morados, naranjas y rosados. La brisa agitaba el pelo de Celie y acariciaba sus mejillas tostadas por el sol.

—¿No es precioso?

—Sí —dijo él, pero no miraba el paisaje, sino a ella.

Le tomó una mano y se la acercó. La besó, un beso cálido, persuasivo, sugerente. Celie respondió con la misma intensidad. Lo amaba y quería que aquel instante durara siempre.

Jace rompió el beso y se apartó ligeramente.

Celie abrió los ojos y lo miró alarmada.

—¿Jace?

Su rostro estaba solo a unos centímetros del de ella. Su mirada era intensa.

—Te quiero —le dijo—. Cásate conmigo.

Celie sabía cuál era la respuesta que quería darle.

—Sí —le susurró, abrazándolo con fuerza y besándolo—. ¡Sí!

Capítulo 8

—No es más que un romance de barco —dijo Simone mirando a Celie fijamente

—. Eso es todo.

—No, no lo es —protestó Celie—. Además, no lo he conocido en el barco. Es mi amigo desde hace años.

—A pesar de todo, los romances de barco no duran.

—El nuestro sí —insistió Celie—. ¡Nos vamos a casar! Ya hemos fijado la fecha.

Simone la miró con dudas. En su dedo brillaba el solitario de diamante que le había dado Jace al pedirle que se casara con ella.

Ella se había quedado atónita al ver la cajita de terciopelo negro saliendo de su bolsillo.

—¿De dónde has sacado…? —ella lo había mirado atónita.

—Tú no eres la única que se ha ido de compras —le había dicho él con una amplia sonrisa.

Así que, mientras ella se había dedicado a comprar álbumes de fotos y cámaras desechables, Jace había estado comprando un diamante.

—Me han dicho que lo puedo devolver si no te gusta… o si me dices que no.

—Me encanta —había respondido ella. Era un elegante anillo de oro blanco con una hermosa piedra en el centro. Muy tradicional, perfecto.

Simone miró el diamante y suspiró.

—Los romances de barco no duran —insistió una vez más—. Y si dejas el trabajo antes de los seis meses, ya no podrás volver.

—Yo no quiero volver —respondió Celie—. No quiero hacer esto durante el resto de mi vida. Solo quería viajar, conocer gente…

—Encontrar un hombre —dijo Simone.

Celie se ruborizó.

—Pues sí —admitió—. Pero jamás habría pensado que sería Jace.

Pero era él y tenía el anillo en su dedo para probarlo.

—Nos casaremos el día tres de octubre —le dijo a Simone.

Jace había sugerido que lo hicieran en el barco, pero a Celie no le había parecido una buena idea.

—Yo quiero casarme en Elmer —eso la resarciría por la decepción de su fallida boda con Matt.

—¿Estás segura?

Ella le había respondido que sí con absoluta firmeza, tanta como la que tenía con Simone.

—Yo me quiero ir a casa. No me importa no poder volver. ¡No voy a hacerlo!

—Eso dicen todas —respondió Simone—. Y dos meses después…

Celie ignoró su comentario. Indudablemente, Simone estaba acostumbrada a tratar con jóvenes que creían haber encontrado al hombre de sus sueños y se convertía en una pesadilla.

Pero ella no era una de esas mujeres.

Jace tampoco era como aquellos hombres.

No era lo mismo.

Así que regresaban a casa.

Artie y la madre de Celie fueron al aeropuerto a recogerles.

—¿Es verdad? —les preguntó Joyce al acercarse a ellos—. Me ha dicho Artie que vais a casaros.

Parecía desconfiar de la información que le había dado el anciano.

Pero Celie, rápidamente, le tendió la mano a su madre y le mostró el anillo.

—¡Cariño, es maravilloso! —la abrazó con fuerza y extendió el otro brazo para incorporar a Jace en el expresivo gesto.

Jace hizo una mueca de vergüenza y placer al mismo tiempo.

La mujer se encaminó hacia Artie y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Eres un demonio! —le dijo al viejo—. No tenía ni idea de nada de esto.

—Ya te dije que funcionaría —le recordó Artie a Jace.

Jace hizo una mueca.

—Podría haberlo hecho yo solo.

—Sí, claro, ¿en qué siglo? —protestó Artie—. ¡Yo no voy a vivir eternamente!

Ya la velocidad que ibais tendría que haberlo hecho para veros juntos.

—Ya —dijo Jace secamente—. Así que todo fue idea tuya.

—Quizás no todo —dijo el anciano—. A mí jamás se me habría ocurrido comprar un anillo como ese. De vez en cuando, también tú tienes buenas ideas —

rodeó a Celie con su brazo—. Me alegro mucho de teneros aquí.

—Yo también me alegro de estar de vuelta —respondió Celie.

—He hecho un apetitoso guiso —dijo Joyce—. Vendréis todos a comer a casa.

Os podéis quedar con Walt y conmigo si queréis.

Se refería a su nueva casa, la que Walt había construido en su rancho, para poder dejarle la antigua a Cait, su hija, y su marido, Charlie.

—Gracias, pero prefiero quedarme en la ciudad —dijo Celie—. En la casa grande. Espero que a Polly no le importe.

Se trataba de una pequeña mansión de dos pisos, estilo Victoriano, que pertenecía a su hermana y en la que habían vivido todos juntos,

hasta que tanto Joyce como Polly se habían casado.

Sloan y ella se habían trasladado al rancho de aquel tras la boda.

—Seguro que no tiene problema alguno —le aseguró Joyce—. Estoy segura de que prefiere que la ocupe alguien. Según tengo entendido estaba pensando en venderla.

—¿Sí? Quizás podríamos comprarla nosotros —le dijo Celie a Jace —. Está cerca de la tienda de Artie. Si vas a trabajar allí, te podría venir bien. Yo volvería a abrir el salón de belleza.

—Yo quería construirme un lugar junto a Ray y Jodie —respondió Jace mientras recogía las maletas—. Quería dedicarme a entrenar caballos.

—Bueno, ya lo hablaremos —dijo Celie feliz—. Ahora tenemos otras cosas de las que preocuparnos. Por ejemplo, de la boda.

—Por cierto, respecto a la boda… —Joyce miró a su hija algo preocupada. Celie sabía que su madre estaba recordando lo sucedido con Matt.

—Pensé que, quizás, os habríais casado en el barco —dijo Artie.

—No —dijo Celie—. Yo quería casarme aquí. Y esta vez, todo será perfecto.

—Sí —afirmó Jace sonriente—. Aunque ya le dije que yo me habría casado en cualquier sitio.

—Pero teníamos que hacerlo aquí. No podíamos casarnos sin Artie y sin la familia —dijo Celie.

—Bueno, yo habría podido hacerlo —confesó Jace—. A mí me daba lo mismo.

—A mí no —dijo Celie.

Había soñado con aquella boda durante años.

Artie estaba sentado en su mecedora y observaba a Jace que tenía un vaso de whisky en la mano.

Tenía en el regazo el álbum de fotos que le había dado Celie. Lo había mirado una y otra vez y no dejaba de asentir satisfecho.

—Te dije que funcionaría y funcionó.

—Pero no fue fácil —respondió Jace. No le había contado los malos momentos, quizás porque él prefería no recordarlos.

Se sentó y apoyó el vaso sobre la hebilla de su cinturón. La copa que se estaba tomando era parte del regalo que él le había hecho a Artie. Puede que hubiera anticipado que necesitarían algo así para relajarse juntos.

Hacía dos semanas que, Celie y él habían regresado, y apenas si había tenido tiempo para darse un respiro. Seguía trabajando para Artie y, por las tardes, entrenaba caballos para Taggart Jones. Pero cada segundo de su tiempo libre Celie lo requería para cuestiones relacionadas con la boda.

—¿Qué más me da a mí que la cena sea sentados o tipo bufé, o que

las invitaciones vayan en un papel o en otro?

Artie le dio un sorbo a su propio whisky y suspiró.

—Se va a casar contigo, ¿no? Pues vale la pena cualquier sacrificio.

—Pero me voy a tener que poner un chaqué —protestó Jace.

Celie no le había dado otra opción. Quería que las cosas fueran perfectas y adecuadas. Iría con un vestido blanco y vestiría a sus damas de honor con vestidos largos.

Artie sería el acompañante de Jace, y había propuesto a Sloan Gallagher como su padrino de boda.

—¡No puedes hacer eso! Sloan lo convertirá todo en un circo.

—No necesariamente. Con no decírselo a nadie, todo solucionado.

—Esto es Elmer. Todo el mundo se enterará.

—Pero Sloan no es nadie especial aquí. No permitiremos que los medios de comunicación se enteren.

—Eso es definitivo —Jace dudaba que a los medios pudiera interesarles que él se fuera a casar con Celie O'Meara.

A la única persona que le importaba era a él.

La quería desesperadamente, quería que ella fuera feliz y esa era la única razón de que soportara aquello.

Las dos últimas semanas habían sido una auténtica locura. Celie no había parado ni un segundo.

Jace había querido celebrar su compromiso llevándosela a casa y encerrándose con ella.

—No podemos hacer eso —le había dicho ella.

—¿Por qué?

—Porque esto es Elmer y todo el mundo se enterará.

—Ya lo saben.

Pero Celie había sido completamente firme al respecto. No estaba dispuesta a darles motivos a las moralistas de la ciudad para que la criticaran.

—¿Qué iba a pensar Artie?

—Artie pensaría que está muy bien.

Artie se estiró en su mecedora y le dio un sorbo a su whisky.

—No se qué demonios estás haciendo aquí. ¿Por qué no te vas a casa de Celie?

—Porque si voy para allá, me dará una lista de cosas que hacer.

—Lo que significa que está dispuesta a seguir adelante con todo lo que está montando.

—Sinceramente, espero que recobre la razón de un momento a otro —dijo Jace.

—Deberías haberte casado con ella en el barco.

—Se lo sugerí, pero me dijo que no.

—Deberías haberle echado el lazo y haberla llevado ante el capitán.

—¡Ahora me lo dices!
—Bueno, no puedo estar siempre en todo —respondió Artie.
Celie tenía una lista enorme de cosas que había que hacer: la iglesia, el párroco, la fiesta, las invitaciones, las flores, la tarta, el vestido de novia, los vestidos de las damas de honor…
Había memorizado todo el plan de la boda, sabía el significado simbólico de cada flor, de las velas, de las alianzas.
Pero a ratos se decía que preferiría no haber montado todo aquello, porque no era realmente importante. Lo había sido la primera vez, porque la boda era más importante que Matt.
Sin embargo, nada era más importante que Jace.
Ya era muy tarde para dar marcha atrás. Llevaban en Elmer un mes y el mecanismo ya estaba en marcha. Tenía el vestido, había encargado las flores, había elegido los trajes de las damas de honor y había enviado las invitaciones.
No podía decir: «Lo siento, pero vamos a dejar toda esa parafernalia a un lado».
Aunque sabía que si lo hacía, Jace le diría rápidamente que sí. Era evidente que a él no le entusiasmaban las bodas grandes. Se había mantenido al margen de los preparativos limitándose a decir: «Lo que tú quieras».
Celie sabía que había tenido que aguantar mucho, y no solo por lo de la boda, sino por su insistencia en que volviera a casa de Artie cada noche.
—Pero si ya nos hemos acostados juntos —le había dicho él una y otra vez.
—Sí, pero eso fue cuando estábamos en el barco, no aquí, en Elmer —le importaba demasiado no escandalizar a la ciudad—. Además, ¿qué pensaría Artie?
Él le había asegurado que el viejo lo único que pensaba era lo absurdo que resultaba que él siguiera durmiendo en su casa.
No obstante, Jace lo había hecho cada noche.
—¿Voy a tener que ir de blanco en la boda? —le había preguntado él la noche anterior antes de marcharse.
Celie se había reído y lo había besado.
—De blanco y con halo.
—Sin duda me lo merezco.
Celie sabía que era verdad.
A dos semanas de la boda, Polly llamó para invitarles al rancho.
—Sloan estará en casa —dijo Celie mientras ponía la ensalada en la mesa a la hora de la cena—. Vuelve de Hong Kong esta noche. La semana próxima empieza a rodar su nueva película en México.
—¿Y quieres ir a ver a Sloan?
Celie negó con cabeza.

—Yo quiero verlos a todos y Polly quiere verte a ti. Creo que todavía no se cree que nos vayamos a casar.

Jace que llevaba semanas contando los minutos que faltaban también había llegado a pensar que jamás ocurriría. Pero solo quedaban cuatrocientas horas hasta el momento de la verdad y empezaba a resultarle más creíble.

—¿Puedes dejar las preparaciones durante un fin de semana? —le preguntó él.

—Aún quedan cosas de última hora, pero tengo tiempo.

—Demasiado tiempo —dijo él.

Quizás estar unos días en el rancho de Polly y Sloan ayudaría a que pasara más deprisa.

No obstante, Jace sentía cierto resentimiento por ese repentino interés de Celie en ir a ver a su cuñado.

Pero, nada más llegar al rancho todo atisbo de celos había desaparecido. No necesitaba nada más que ver a Polly y a Sloan juntos para saber lo felices que eran.

—¡No me puedo creer que vayáis a casaros! —dijo Polly desde la puerta nada más verlos aparecer y corrió a abrazarlos—. ¡Pero míralos, están felices!

—Sí, lo están —dijo Sloan—. Casi tanto como nosotros.

—¡Eso es imposible! —dijo Polly—. Pasad a ver la casa y a conocer a nuestros invitados. Sloan se ha traído el trabajo a casa.

Polly se soltó del brazo de su marido, tomó la mano de su hermana y, dejando a Sloan con Jace, se encaminaron hacia la casa.

—Supongo que la ocasión merece una enhorabuena —le dijo Sloan.

Jace había sentido cierta reticencia sin motivos reales. Pero no podía olvidar que Celie había pasado un fin de semana con Sloan y que, en un momento de su vida, había sido el hombre de sus sueños. Pero, como la misma Celie le había contado a Jace, Sloan amaba a Polly y lo había hecho durante años. No se lo había dicho con oculto resentimiento o tristeza, sino como algo normal. Si Polly era feliz, ella también.

—¿No estás seguro? —preguntó Sloan mal interpretando el momento de duda de Jace.

—Sí, claro que lo estoy —dijo Jace con firmeza.

—La quieres —afirmó Sloan.

Pero, aunque no era una pregunta, Jace respondió.

—Sí.

Sloan sonrió.

—Bien. Se lo merece. Lo ha pasado mal.

Jace supuso que Polly le habría contado lo de Matt, porque dudaba de que hubiera sido Celie.

Él asintió.
—Sí.
—Te culpaba a ti por todo ello.
Jace suspiró.
—Sí.
La dura mirada de Sloan se fijó en él.
—¿Tenía motivos para hacerlo?
Durante años Jace habría respondido que no, que, en realidad, le había hecho un favor porque Matt no había estado preparado para casarse, que había sido mejor que se enterara antes de la boda y no después. Y era cierto, pero…
Jace se removió inquieto. Sabía que podría haberse comportado mejor. Miró a Sloan.
—Me gustaría pensar que no —le dijo.
Pero si era honesto consigo mismo tenía que admitir que no había ayudado a que Matt cumpliera con su compromiso.
Sloan hizo una mueca y bajó los ojos. Luego volvió a levantar la cabeza.
—Preferiría que no quedaran resentimientos entre nosotros y que no tuviéramos malas conciencias.
Jace sabía que Sloan estaba recordando aquella estúpida pelea infantil de años atrás, pero que, en realidad, se refería a otros muchos absurdos errores que habían cometido en los últimos veinte años.
—Soy un hombre mejor ahora —le aseguró Jace con la esperanza de que fuera cierto.
Sloan miró hacia la puerta por la que habían entrado su mujer y su cuñada.
—Por nuestro propio bien, espero que los dos lo seamos.
—Jace, quiero presentarte a Gavin McConnel —le dijo Polly a Jace nada más entrar en el salón de la casa que estaba abarrotada de gente —. Gavin, este es Jace Tucker. Gavin es actor. Jace es entrenador de caballos y el prometido de Celie.
Decir que Gavin McConnel era un actor era picar muy bajo. Gavin era una auténtica estrella de Hollywood, el actor de los actores, con dos Óscar en su larga carrera.
Era, además, el sueño de toda mujer y, en aquel momento, tenía su brazo alrededor de la cintura de Celie.
La gran estrella extendió el otro brazo y estrechó la mano de Jace.
—¡Enhorabuena! Celie es una mujer estupenda.
—Sí —dijo Jace, controlando el impulso de decirle que era «su mujer». Pero estaba seguro de que a Celie no le habría hecho gracia aquella reacción de hombre de las cavernas. Así que estrechó la mano de McConnell y se portó lo mejor que pudo—.
Encantado de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—Espero que no —dijo Gavin y Jace recordó en aquel instante que era un hombre con fama de ser un tanto solitario y de gustarle vivir aislado. No solía conceder muchas entrevistas. Sin embargo, sí parecía tener tiempo para compartirlo con sus amigos.

—¿Estás trabajando en una nueva película con Sloan? —le preguntó Jace.

—Sí. Sloan es el protagonista de mi primera película como director.

—Y yo comparto cartelera con él —una voz brillante y extrañamente familiar intervino.

Jace se volvió y parpadeó al ver a la mujer de largos cabellos negros que atravesó la habitación y se encaminó hacia él con una amplia sonrisa en el rostro.

—Jace —dijo Polly—. ¿Recuerdas a Támara Lynd?

Jace optó por irse a los establos con los hijos que Polly tenía de su anterior matrimonio. No le quedaba otra alternativa.

Polly y Celie estaban inmersas en una pesada conversación sobre todo lo concerniente a la boda. Sloan, Gavin y Támara hablaban sobre sus personajes en la película y sus supuestos pasados. Jace no quería rememorar su pasado, y menos aún si Támara Lynd estaba en la conversación. Su «pasada historia» con ella era algo que prefería olvidar. Había sido un breve y ridículo encuentro. No sabía lo que ella pensaba de todo aquello, ni lo que querría hacer. Era una mujer con un largo historial de conquistas y, en un momento de debilidad, lo había conquistado a él también.

Pero ya no se sentía débil. Y lo que habría deseado realmente en aquel instante habría sido poder estar con Celie. Solo que todos aquellos planes de boda lo volvían loco. Así que optó por refugiarse en el corral con Daisy y Jack.

Jace tomó prestado uno de los caballos de Sloan y se montó. Aquello hizo que se sintiera a salvo.

Al cabo de un rato, aparecieron de improviso Támara, Gavin y la hija mayor de Polly, Sara.

—¡Has estado formidable! —dijo Támara mirando a Jace.

Jack la miró.

—Supongo que no te referías a mí —dijo.

—Sí, a ti también —respondió Támara—. ¡Me encanta ver montar a los hombres!

—Pues yo prefiero ver montar a las mujeres —dijo Gavin con una amplia sonrisa.

—Yo prefiero montar que mirar —aseguró Sara.

Jace la habría montado gustoso en su cabalgadura, pero la joven estaba embarazada de ocho meses y no quería asumir riesgos. No obstante, decidió aprovecharse de su presencia para que lo librara de

las garras de Támara.

—Te montaré cuando el bebé haya nacido —le dijo—. De momento me puedes acompañar a dar de beber al caballo, y así me cuentas qué tal te va la vida.

Si a Sara le sorprendió la invitación, no lo hizo patente. Sencillamente lo acompañó y comenzó a hablarle de su embarazo, de los cursos que estaba haciendo en la universidad y de cómo no había perdido la esperanza de poder estudiar medicina.

Jace la escuchó admirado por su fortaleza y su determinación. A pesar de la accidental circunstancia de su embarazo, Sara no parecía dispuesta a dejar de luchar.

Absorto en las historias que le narraba la joven, le resultó fácil obviar a Támara y no estar pendiente de si lo estaba mirando o no.

Sin embargo, no pudo evitarla totalmente.

Tuvieron que comer todos juntos y, después, se reunieron en el salón para contar historias.

Celie siguió con su obsesión por la boda y Jace se quedó junto a los demás escuchándolos.

Támara no parecía prestarle una especial atención, y solo le sonreía ocasionalmente. Estaba más centrada en contar una anécdota que le había ocurrido en París, durante un pase de modelos.

—No sabía que habías sido modelo —le dijo Gavin sorprendido.

—Era terriblemente mala. Pero quería entrar en el negocio y, como tenía la altura y el cuerpo adecuados, me lancé a ello. Solo que no parece que estuviera hecha para desfilar con gracia y agilidad. Nada más salir, me caí, ¡y me despidieron! —soltó una gran carcajada—. No obstante, fue un principio. Habría hecho cualquier cosa para que mi carrera se pusiera en marcha.

Incluso pujar por Sloan Gallagher y tratar de ganarlo. Para eso había ido a Elmer durante la subasta. Había pensado que ganar a Sloan habría sido la publicidad necesaria para una actriz que no llegaba a despegar.

Pero no había ganado. Celie lo había hecho.

Támara se había sentido tremendamente frustrada, molesta y decepcionada aquel día.

Jace había sido su válvula de escape, un elixir para su orgullo herido.

Por suerte, un conocido director, John Cunningham, la había visto en la televisión en un reportaje sobre Elmer y se había quedado fascinado por su aspecto desesperado, tan distinto al que presentaba en las películas que había hecho. Se había puesto en contacto con ella rápidamente, y le había ofrecido el papel de una amargada monja en su nueva película.

—John además descubrió que era una buena actriz, lo que, sin

duda, le sorprendió —dijo Támara.

—Y yo la fiché en cuanto vi la película —dijo Gavin.

Támara asintió, luego miró a Sloan y a Celie, que acababa de entrar.

—La conclusión de todo eso es que a veces perder es ganar —luego miró a Jace y a Celie de nuevo—. Parece que eso es lo que os ha ocurrido a vosotros dos.

Támara demostró que entendía que Jace estaba enamorado de Celie y que se alegraba de ello. Incluso pasó algún tiempo hablando con ella sobre sus planes de boda, diciendo lo guapo que estaría Jace con un chaqué y dando a entender que le gustaría que la invitaran a la boda.

Jace no dijo nada, pero Celie sí.

—Por supuesto que estás invitada.

Aquella noche, Jace y Celie pudieron finalmente compartir habitación.

—Támara es distinta de lo que pensaba. Es guapa y sexy, pero también es real.

Me cae bien, ¿y a ti?

—Sí, no está mal —dijo Jace y abrazó a Celie—. Ahora ven aquí. Necesito amarte.

Al día siguiente, después de comer, Celie y Jace cargaron la furgoneta y se prepararon para regresar a Elmer. Gavin, Sloan y Támara se marcharían por la mañana en una avioneta a México.

—Todo el mundo se va —dijo Jack—. ¿Por qué yo no puedo ir también?

—Porque tienes que ir al colegio —dijo Polly.

Jack se encogió de hombros.

—¿Y quién necesita ir al colegio?

—Tú —dijo Sloan—. Así crecerás siendo tan listo como yo y tu tío Jace.

—Son buenos hombres —dijo Támara con una amplia sonrisa y bajó la voz para que los niños no oyeran su siguiente comentario—. Y extraordinarios amantes.

—¡Tam! —dijo Sloan.

Jace se quedó sin palabras.

—Es verdad —se defendió ella y miró a Celie y a Polly—. Hablo solo del pasado. No os preocupéis, nunca me acuesto con casados, ni trato de tentarlos, ni siquiera a hombres sin escrúpulos como estos dos.

Capítulo 9

Jace se decía a sí mismo que podría haber sido peor. Támara podría haber dicho que era un amante nefasto o haber insinuado que lo quería de nuevo en su vida, haberse agarrado a su cuello y haber gritado que era suyo. Pero estaba claro que no sentía más interés del que él sentía por ella.

Solo esperaba que Celie lo entendiera así. Ojala hubiera dicho algo.

Llevaban ya varios kilómetros de camino y ella no había pronunciado palabra.

Bueno, tampoco tanto. Había respondido aunque escuetamente a preguntas como: «¿Quieres que paremos a tomar un café?», con un educado «No, gracias».

Pero sus palabras habían sonado distantes, como si su mente hubiera estado en otra parte.

La cuestión era dónde.

Jace no dejaba de preguntarse si debía o no darle alguna explicación. Pero era difícil hablarle a la mujer a la que amas de una noche con otra mujer.

¿Cómo podía explicarle que Támara no había significado ni significaba nada para él? Que, en realidad, aquella noche habría querido pasarla con Celie.

No encontraba las palabras adecuadas para justificarse. Su noche con Támara Lynd no había sido sino un acto más de inmadurez. Comentarle lo sucedido no haría sino certificar que todo lo malo que había pensado sobre él en los últimos años había sido cierto.

Así que decidió mantener la boca cerrada al respecto.

Habló sobre lo bien que se lo había pasado el fin de semana, sobre lo estupendo que era Sloan y lo sorprendente que era Gavin. Y para que no pensara que evitaba el tema de Támara comentó que había engordado.

—Tú lo sabrás mejor que nadie —respondió Celie.

¡Maldición! Debería haber mantenido la boca cerrada. Rápidamente, cambió de tema y empezó a hablar de Sara.

Jace hablaba mucho y muy rápido cuando estaba nervioso. Pero Celie no respondía y él necesitaba que lo hiciera.

Buscó desesperadamente un tema que la obligara a intervenir.

—¿Habéis resuelto los últimos preparativos de la boda? —le preguntó.

Ella respondió ausente.

—¿Cómo? Ah… sí, supongo que sí.

—Fantástico —dijo Jace deteniendo el coche ante la casa de Celie —. Estoy ansioso de ver a Artie con un chaqué.

Celie sonrió levemente y abrió la puerta. Jace salió rápidamente,

sacó la bolsa de Celie del maletero y la siguió hasta la entrada de la casa.

—Gracias —dijo ella—. Adiós.

Se disponía a entrar cuando él la detuvo.

—No es demasiado tarde. Podríamos pasar un rato juntos.

—Llevamos todo el fin de semana —dijo ella sin mirarlo.

—Celie —dijo él en tono desesperado—. Necesitamos hablar.

—Tengo que pensar.

—No. ¡No tienes nada sobre lo que pensar! No sobre lo que Támara ha dicho.

¡Lo que ocurrió entre nosotros no significó nada! ¡Ni va a volver a suceder, te lo juro!

Celie asintió.

—Te creo.

—¿De verdad? ¡Bien, bien! Gracias a Dios —se sintió inmensamente aliviado.

Sonrió, aunque el corazón todavía le latía con demasiada fuerza—. ¿Entonces, lo entiendes? Ella no significa nada para mí. No fue nada más que una noche estúpida.

Celie asintió otra vez, pero continuó pensativa.

—¿Celie?

Sonrió y le dio unas palmaditas en la mano.

—Lo entiendo —le dijo.

¿Sería verdad? Jace esperaba que sí.

Celie lo entendía perfectamente.

Había sido una estúpida. Támara Lynd le había abierto los ojos.

Se había pasado toda la noche pensando, dando vueltas por la casa y sintiéndose enferma.

A primera hora de la mañana se había levantando y se había ido a la tienda antes de que abrieran. Quería ver a Jace.

Al abrir la puerta, él se volvió y, al ver que era ella, una gran sonrisa iluminó su rostro.

Se encaminó apresuradamente a su encuentro.

—¡Hola! Te has levantado muy pronto hoy.

Ella sonrió tensamente. No podía dejar que su encanto la sedujera.

—He venido a devolverte algo. Toma.

Él miró su dedo desnudo y la sortija en la otra mano.

Negó con la cabeza.

—No.

—¿Qué quieres decir? Vamos, Jace, tómalo. Es tuyo. Te lo estoy devolviendo.

Él se metió las manos en los bolsillos negándose a recibir lo que le daba.

—¿Por qué? ¡Tú me dijiste que me creías! —dijo él con feroz

desesperación.

—Y te creo —ella seguía tratando de devolverle el anillo.

Jace retrocedió.

—Entonces, ¿por qué estás haciendo esto?

—Porque… porque no puedo casarme contigo.

Él agitó la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué no? Esa mujer no significa nada para mí, es solo parte del pasado.

¡Vamos, Celie, esto no tiene ningún sentido!

—Para mí sí —dijo ella cruzando los brazos a la altura del pecho y dándose cuenta de lo intenso que era el dolor que todo aquello le provocaba.

—Explícate.

Ella se mojó los labios, respiró profundamente y exhaló.

—No funcionará —dijo finalmente.

Jace levantó las cejas, confuso.

—¿Qué quieres decir con eso de que no funcionará?

—Nuestro matrimonio —dijo ella realmente consumida por el dolor—. ¡Ni siquiera fui suficiente para Matt!

—¿Qué? —Jace la miró perplejo—. ¿Matt? ¿Qué demonios tiene que ver Matt en todo esto?

—Te acostaste con Támara.

—Porque fui un estúpido —dijo Jace con amargura—. Sí, lo hice, la misma noche en que tú ganaste a Sloan en la subasta. Estaba furioso, amargado. Aquella noche te miraba desde mi ventana preguntándome qué te había poseído para hacer una cosa tan estúpida. No te dabas cuenta de que yo estaba allí. Támara vino a mi habitación con intención de hacerme ver que no eras la única mujer del mundo. Nos acostamos, eso fue todo. Y no fue precisamente memorable. La verdad es que fue bastante catastrófico.

Celie se quedó un momento pensativa, tratando de digerir todo aquello. Pero, al final, concluyó que la historia no le hacía cambiar de opinión.

—Exacto —dijo ella.

Jace la miró perplejo.

—¿Cómo?

—Has dicho que fue un desastre. Te diste cuenta.

—¿De qué?

—¡De que era un desastre! Tenías con qué comparar. Podías juzgar. ¡Eso mismo te ocurrirá conmigo! —Celie se dio la vuelta y comenzó a caminar de un lado a otro

—. Todo esto no es sobre Támara, Jace. Es sobre mí. No fui suficiente para Matt cuando él no era más que un necio inexperto. Tú has estado con muchas mujeres. Te has acostado con Támara Lynd. Yo

no puedo competir contra eso.

—¡Te quiero, maldita sea!

Celie tragó saliva.

—Me quieres ahora, o crees que es así.

—No lo creo, lo sé —le aseguró Jace.

Pero ella no aceptó su afirmación.

—No es real. Lo nuestro no ha sido más que un romance de barco, tal y como dijo Simone. No durará.

—¡Claro que sí!

—No. Durante tiempo has pensado que sentías algo por mí y me veías inalcanzable. Tenía la emoción del reto —dijo ella, mientras Jace negaba con la cabeza y la miraba atónito—. Pero ya me tienes y ya estás contento. Piensas que has conseguido lo que querías. Sin embargo eso no será suficiente durante cincuenta años.

—No puedo creerme que esté oyendo esto —dijo Jace.

—Es la verdad, Jace. En cuanto sientas que me has conseguido, querrás otra cosa. Has estado con otras, con mujeres como Támara.

—¡Jamás he amado a otra mujer!

—Pero yo no soy suficiente para ti —dijo ella. Y, por mucho que le doliera admitirlo, ese era el fondo del asunto. No podía casarse con él y luego sentir que había fracasado. Eso era mucho peor que no casarse.

Durante un rato, Jace no respondió, se limitó a mirarla fijamente.

—Así que todo esto es por lo de Matt —dijo él—. ¿Tanto lo querías?

—No —dijo Celie—. Pensé que lo quería, pero en realidad lo que deseaba era un matrimonio. Él no era más que una razón para organizar una boda.

—¿Y yo? ¿Qué soy yo? ¿Otra «razón»?

—¡Por supuesto que no!

Él la miró con fiereza.

—¿Entonces me amas?

—Esto no tiene nada que ver con el amor.

—Sí, claro que tiene que ver con el amor, es lo único que importa. Yo te quiero, Celie O'Meara. Y no voy a cansarme de ti ni en cincuenta ni en ciento cincuenta años.

—¡Déjalo, Jace! —le tendió el anillo—. Toma.

Él sacó las manos de los bolsillos, pero no hizo amago alguno de tomar el anillo.

—No. Te pedí que te casaras conmigo y me dijiste que sí.

—Y ahora te estoy diciendo que no.

—Mala suerte.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que la boda ya está organizada.

—La cancelaremos.

—Yo no.

—Lo haré yo.

—Me hiciste una promesa. Me prometiste que te casarías conmigo.

—Te he fallado. Esa es otra razón más.

Él negó con la cabeza.

—Yo creo en ti, creo en tu capacidad de compromiso. ¿Tú no crees en la mía?

—Soy realista, Jace.

—Eres una cobarde.

Ella apretó los labios para amortiguar el impacto de su acusación.

—Quizás lo sea —dijo—. Así que toma el anillo, porque no quieres casarte con una cobarde.

—Quiero casarme contigo, Celie y no pienso aceptar ese anillo. Te lo di con todo mi amor y toda mi confianza. Tú lo aceptaste. Yo sigo adelante con la boda. Si tú no quieres casarte conmigo, tendrás que dejarme plantado en el altar.

Era lo más ridículo que había oído en su vida.

¿Quién era capaz de insistir en que una boda siguiera adelante cuando sabía que la novia no se iba a presentar?

Jace Tucker era el único capaz de algo así.

Celie se desesperaba con él.

Sentía lo que estaba ocurriendo, pero sabía que tenía razón. Había estado viviendo en un mundo de sueño, creyendo que podría mantener a Jace a su lado, satisfacerlo.

Pero no era verdad.

¿Cómo podía lograr que un hombre como él mantuviera su interés en ella?

Estaba siendo práctica, razonable y evitando una catástrofe. No podía contentarlo durante el resto de sus vidas. ¡Si se había acostado con Támara Lynd!

Y, aunque lo creía cuando le decía que no había sido más que una noche de sexo y que no volvería a acostarse con ella, también sabía que eso no significaba que no acabaría yéndose con otras mujeres.

Estaba convencida de que se acabaría aburriendo con ella, que buscaría emociones fuera de casa.

Jace estaba demasiado obcecado como para ver eso. Pero llegaría a darse cuenta.

Cancelaría el banquete, las flores, la iglesia y eso sería el final de aquella absurda historia.

—¿Un chaqué? —preguntó Artie mirando a Jace de arriba abajo confuso—.

Jamás me he puesto un chaqué.

—Yo tampoco —le dijo Jace—. Pero es lo que Celie quiere. Así que iremos esta tarde a que nos midan.

Jace había llamado a la tienda que Celie le había mencionado y había concertado una cita. También había llamado a Noah, Taggart y Gus y les había dicho que estuvieran allí para probarse, haciendo caso omiso a sus protestas.

—Tengo un traje —continuó Artie—. Uno azul oscuro que me compré cuando me casé con Maudi.

Lo que significaba que tendría sesenta y tanto años.

—Te enterraremos con él, Artie. Pero para esta boda te vas a poner un chaqué.

Artie lo miró sorprendido.

—Te estás volviendo un tanto mandón, ¿no?

Más bien desesperado, habría querido decirle.

Había llamado a la iglesia aquella mañana para cerciorarse de que todo estaría preparado el sábado.

—¿Quién es? —le había preguntado el párroco sorprendido—. ¿Jace Tucker?

Pero si Celie me ha llamado…

—Solo es un ataque de pánico de última hora —le había dicho Jace—.

Estaremos allí a la hora concertada.

Lo mismo tuvo que hacer con Poppy, de la floristería, Denise, de la comida, Julie Ann, de la tarta.

—Tú cobras por hacer pasteles, ¿no?

—Sí, pero…

—Bien. Entonces te llevaré un cheque.

Para asegurarse de que nadie le iba a fallar, utilizó el mismo sistema con todo el mundo. Incluso le envió un cheque a Polly para que se encargara de pagar el salón de bodas que ella misma había concertado.

Lo llamó en cuanto lo recibió.

—Pero si Celie me dijo que habíais cancelado la boda.

—Nada de eso —le dijo él con firmeza.

—Bueno, pues me alegro. Me preguntaba si el comentario de Támara la había empujado a dar marcha atrás.

—Lo cierto es… que la ha puesto un poco nerviosa —le dijo Jace.

—Es algo que ocurrió en el pasado —dijo Polly—. Lo mismo que lo de Sloan con ella. Y te puedo asegurar, que no volverá a ocurrir.

Jace la creyó. Sloan jamás perdería a una mujer como Polly. Del mismo modo que él no quería perder a Celie.

La amaba y siempre la amaría.

Solo esperaba que el tres de octubre a las tres de la tarde ella estuviera convencida de eso también.

Aquello era realmente extraño.

Había cancelado la boda y nadie la había creído.

Había llamado a todos diciéndoles que ya no habría celebración y, al día siguiente, la repostera la había llamado para preguntarle si quería frambuesas en la tarta.

—Pero si no necesito ninguna tarta. No va a haber boda —había dicho ella.

—Ya. Jace nos advirtió de que dirías eso —le dijo Julie Ann—. Y que no nos preocupáramos, que solo eran nervios.

—¡No son nervios! —insistió Celie.

—Bien. Bueno, ¿quieres frambuesas en la tarta o no?

—Si Jace es el autor de todo esto, que responda él —gritó Celie—. ¡Pregúntaselo a Jace!

Lo mismo hizo con los del catering y con el organista.

—Preguntádselo a Jace, él sabrá.

Alguien llamó a la puerta de Artie a la hora de cenar. Este bajó el tenedor y frunció el ceño.

—¿Quién demonios…?

Jace, que suponía de quién se trataba, se levantó rápidamente.

—No te preocupes, yo me ocupo de todo.

Tal y como imaginaba, se trataba de una furiosa Celie que no paraba de dar vueltas de un lado a otro del porche.

Nada más abrir se dirigió a él.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —le preguntó.

—Cenando.

—¡Me refiero a Poppy, a Julie Ann, al párroco…!

—Solo confirmando todo para que no haya problemas de última hora. Le dije a Julie Ann que pusiera frambuesas en la tarta, pero si tú quieres…

—¡Yo no quiero nada! ¡No voy a casarme contigo!

—Claro que sí te vas a casar. Tienes que hacerlo, porque me quieres.

Ojala no hubiera sido así, ojala no lo hubiera querido.

Y precisamente porque lo quería no iba casarse. Porque no estaba dispuesta a fracasar, no quería ser una carga para él durante el resto de su vida.

No era el tipo de mujer adecuado para Jace, pero él no se daba cuenta.

Pensaba que era osada y aventurera, alguien capaz de embarcarse en un crucero y recorrerse el mundo.

Pero, aunque aquella experiencia le hubiera dejado algunos recuerdos memorables, siempre había seguido prefiriendo su aburrida vida en Elmer. Eso era ella, una sencilla y aburrida chica de provincias.

¿Cómo podría Jace Tucker, que se había acostado con Támara Lynd, estar dispuesto a pasar el resto de su vida con ella?

Después de todo aquello, podría acabar trabajando como organizador de bodas.

Y quizás tendría que hacerlo, si Celie lo dejaba plantado en el altar. Sería el hazmerreír de Shields Valley y tendría que marcharse de Elmer.

Y era, sin duda alguna, una posibilidad, porque Celie continuaba en sus trece.

Tras su discusión en el porche de Artie, ella se había marchado furiosa y no había vuelto a dirigirle la palabra.

El miércoles antes de la boda, Artie le había preguntado qué le sucedía a Celie.

Jace no le había contado lo sucedido, porque sabía que al viejo se le ocurriría alguna de sus descabelladas soluciones para resolver el problema y no se veía con ánimos para poner en marcha una de sus locuras.

—Es solo que está un poco nerviosa —respondió Jace.

Artie asintió, puso una loncha de jamón sobre la rodaja de pan y le untó mostaza.

—Me ha dicho que no se iba a casar contigo.

—Ya lo ves, son nervios.

Artie puso otra rodaja de pan encima y le dio el sándwich a Jace.

—¿Estás seguro de que es solo eso?

—Claro que sí.

—Así que tendremos que ir con chaqué —dijo Artie.

—Sí —dijo Jace con firmeza.

—Eso fue lo que yo le dije.

¡Vaya! Jace levantó las cejas imaginándose la reacción de Celie.

—¿Y qué dijo?

—Nada. Se puso roja y parecía furiosa.

—¿Cómo has podido mentirle a un anciano de ese modo? —le dijo Celie por teléfono.

—¿Celie? —dijo Jace sorprendido al oír su voz—. ¿Cómo estás?

—¡No me hables como si no pasara nada! ¿No se lo has dicho a Artie?

—¿Decirle qué?

—¡Sabes muy bien qué! Todavía piensa que va a haber boda.

—Es que la va a haber.

—¡No, tú sabes que no! Vas a quedar como un idiota.

Jace hizo una pausa.

—Puede que así sea —le dijo lentamente—. Todo depende de ti.

Celie estaba sentada en la cocina escuchando el sonido del reloj y acariciándole las orejas a Sid, el gato, cuando oyó unos pasos en el

porche.

Fuera quien fuera, no estaba dispuesta a abrir la puerta.

Nadie quería creerse que no se iba a casar con Jace Tucker al día siguiente, aunque se lo había dicho a todo el mundo.

Pero, inesperadamente, la puerta se abrió, y aparecieron Polly y sus hijos, Sara, Lizzie, Daisy y Jack. Entraron en la habitación hablando sin parar.

—Hola, tía Celie —dijo Jack.

—Hola, tía —dijeron Daisy y Lizzie.

—Hola, Celie —dijo Polly—. ¿Llevas puestos los zapatos de baile?

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Celie desconcertada.

—Hemos venido a la boda —dijo Sara. Los demás asintieron.

—Y esta noche nos vamos a bailar a The Barrel.

—¿Qué?

Pasar la última noche antes de la boda en aquel local era tradición para todas las mujeres de Elmer.

—No me voy a casar —insistió Celie.

Las chicas la miraron escandalizadas, Jack atónito.

Polly continuó sin alterarse.

—Mañana harás lo que te dé la gana, pero esta noche nos vamos a The Barrel.

Vístete. Vamos a recoger a mamá y a Cait.

Aquello era una locura, algo totalmente descabellado y absurdo. Pero fueron.

The Barrel estaba abarrotado de gente, como era de esperar un viernes por la noche. No era el tipo de sitio que le gustaba a Celie. Quería irse a casa.

—¿Qué te parece ese? —le preguntó Cait, su mejor amiga de la escuela e hija del nuevo marido de su madre.

—¿Qué? —Celie se volvió desconcertada.

—El —dijo Cait, señalando a un vaquero que llevaba unos apretadísimos pantalones y una camisa rosa. Estaba inclinado sobre la mesa y ofrecía una estupenda vista—. Se supone que es tu despedida de soltera, y tenemos que ofrecerte todas las posibles alternativas a Jace.

—No necesito alternativas —dijo Celie—. No voy a casarme con Jace.

—¿Qué te parece ese? —le dijo su madre señalando a otro atractivo hombre.

Celie negó con la cabeza.

—No me interesa.

Le señalaron media docena más de hombres atractivos.

—Hay unos especímenes muy interesantes aquí —dijo Polly finalmente. Luego miró a su hermana—. Pero ninguno vale la pena

tanto como Jace.

Celie, cuya traidora mente llevaba toda la noche diciéndole lo mismo, se dio media vuelta sin responder.

No quería comparar a Jace con nadie, pues sabía cuál sería el veredicto: era más guapo y maravilloso que el resto de los hombres.

El problema no era Jace, pero eso lo sabía de antemano.

¡El problema era ella!

Se sintió tremendamente desgraciada.

Polly la tocó en el hombro.

—Creo que nos deberíamos ir a casa.

Jace también había salido con sus amigos a celebrar la despedida de soltero.

Él siempre había sido el primero en reírse en las despedidas de sus amigos del pobre desgraciado que iba a perder su libertad en cuestión de unas horas. Pero aquel viernes por la noche no tenía ganas de reírse de sí mismo. Lo único que hacía era tratar de mantener la esperanza de que su novia se presentara al día siguiente en la iglesia.

La verdad era que todo apuntaba a que, en aquella ocasión, iba a ser ella la que dejara plantado al novio, y no a la inversa, pues no había ido en busca de Jace, tal y como él había esperado. No se había presentado en su casa y le había dicho que lo amaba.

Ya empezaba a dudar que realmente lo quisiera.

Quizás para ella había sido realmente un romance de barco.

Quizás la había deslumbrado con su heroico acto de ir en su busca, la hubiera hecho soñar. Pero, al regresar a Elmer, los dolorosos recuerdos de un pasado traicionado la habían hecho cambiar su modo de ver las cosas.

Insistía en que no se iba a casar con él, aunque él insistiera en que lo iba a hacer.

Le había dicho a todo el mundo que eran nervios, que recordaba lo sucedido tiempo atrás y estaba sintiendo un ataque de pánico. Y era comprensible.

Pero no iba a ocurrir nada semejante a lo sucedido la última vez.

—Brindemos por el novio —dijo Artie y levantó la copa para que los asistentes a la celebración lo imitaran—. Por el mejor tipo que he conocido y por la novia a la que quiero como… como si fuera mi nieta. Me alegro mucho de que vayan a pasar el resto de su vida haciéndose felices el uno al otro.

Capítulo 10

—No va a presentarse en la iglesia, ¿sabes? —le dijo Jace a Artie desde la puerta del dormitorio al llegar a casa, mientras el anciano se disponía a meterse en la cama.

Tenía que preparar a Artie. No podía permitir que se vistiera por la mañana, fuera con Jace a la iglesia y esperara ver aparecer a Celie, cuando no iba a hacerlo.

—No se va a casar conmigo, Artie.

Artie se volvió hacia él.

—¿No?

Jace negó con la cabeza.

—Me temo que no —dibujó una triste sonrisa.

Artie sabía lo que significaba.

—Tú la quieres.

Jace tragó saliva.

—Siempre la he querido. Pero ella… creo que ella… ya no sé. Quizás no me ama realmente.

Le resultaba realmente difícil decir aquello, doloroso, agónico.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Artie.

—¿No me lo vas a decir tú?

Artie sonrió ligeramente.

—Creo que esta lección te toca aprenderla solo.

—Pero, ¿qué voy a hacer si no aparece mañana? —no podía soportar la idea.

—Déjame que te cuente una pequeña historia.

Artie se sentó en la cama y Jace en la mecedora, mientras se preguntaba si sería alguna parábola Zen la que estaba a punto de escuchar. Daba igual. Cualquier cosa podría valerle.

—Hace mucho tiempo —dijo Artie—. Cuando yo era más joven que tú, conocí a la chica de mis sueños.

¿Así que no iba a ser ninguna parábola Zen? ¿Iba a contarle una historia personal? ¿Su historia con Maudi?

—Yo trabajaba como vaquero en el estado de Washington —comenzó a decir Artie—. En el rancho de un tipo llamado Jack Carew. Tenía unas dos mil vacas, una interminable extensión de terreno y la hija más hermosa que puedas imaginar.

—¿Maudi?

Artie no respondió y continuó con su historia.

—Me enamoré de ella. Pero yo no era más que un peón trabajando en el rancho de su padre. No tenía ningún atractivo especial.

—Excepto tu maravillosa personalidad —dijo Jace.

Artie levantó la cabeza.

—Bueno, sí. Y eso fue suficiente para encandilarla. Tuvimos…

tuvimos un romance —el hombre se ruborizó—. Quiero decir que ocurrió algo entre nosotros. Yo iba en serio y le pedí que se casara conmigo.

Jace asintió. Y vivieron felices para siempre durante cincuenta y tantos años.

¿Qué tenía que ver toda aquella historia con la de Celie?

—Ella me dijo que sí, pero su padre se negó. Me dijo que yo no podría darle todo lo que ella merecía.

—Supongo que lo mandaste al infierno —dijo Jace.

Artie hizo una mueca inesperada.

—No. No pude hacerlo, porque tenía razón.

—Pero…

El viejo se encogió de hombros.

—La tenía. Ella lo tenía todo, incluso había ido a la universidad. Su padre tenía razón al decir que estaba perdiendo el tiempo conmigo.

—No sabía que Maudi hubiera ido a la universidad.

Artie respondió un tanto impaciente.

—¿Quieres dejar de hablar y escucharme? No estoy hablando de Maudi.

Jace se quedó boquiabierto. Miró a Artie como si fuera la primera vez que lo veía. ¿De quién estaba hablando entonces?

—A ella le daba lo mismo lo que yo tuviera y así me lo dijo. Me aseguró que me quería y me rogó que la creyera. Pero yo no la creí. Estaba convencido de que su padre tenía la razón. Tenía que tenerla si era tan listo y había conseguido tantas cosas en su vida. Ella quería que nos escapáramos juntos, decía que no necesitábamos a nadie si nos teníamos el uno al otro. Pero no la creí. No quería hacerle daño, así que me marché de allí y volví a Elmer sin decírselo —dejó escapar un suspiro—. Un par de años más tarde me casé con Maudi.

Jace lo miró tratando de entender lo que quería contarle con aquel relato, pero no lo entendía.

—Yo la quería —dijo Artie—. Y ella me quería a mí. Debería haber asumido el riesgo.

—Eso no lo sabes —dijo Jace—. Quizás ese amor no habría durado.

Artie hizo un gesto extraño.

—Duró —dijo sin más.

Jace agitó la cabeza, confuso.

—Pero Maudi y tú…

Artie suspiró y se pasó la mano por el pelo blanco.

—Yo quería a Maudi y le fui fiel, incluso después de que Anna viniera…

—¿Anna? ¿Ese era su nombre? ¿Y vino a Elmer?

—Me buscó y, finalmente, me encontró —dijo Artie—. Tardó tres

años. Su padre no quería decirle dónde estaba. Pero ella fue lo suficientemente cabezota como para encontrarme. Todavía me quería. Y trajo con ella a nuestra hija.

—¿Hija? ¿Tuviste una…? —Jace estaba cada vez más anonadado.

—Aún la tengo —lo corrigió Artie—. Pero ella no lo sabe.

—¿Pero tú sabes cómo está y dónde esta?

—Está aquí, en Elmer —respondió Artie—. Es Joyce.

Jace lo miró perplejo.

—¿Joyce? ¿La madre de Celie? Entonces, ¿eres realmente el abuelo de Celie?

Artie asintió.

—Sí.

—¡Cielo santo! —un millón de preguntas le vinieron a Jace a la cabeza—. Pero,

¿cómo?

Artie se encogió de hombros.

—Cuando Anna llegó yo ya estaba casado con Maudi. Lo entendió y no quiso hacerle daño a ella. Yo tampoco. Anna se quedó aquí porque no podía vivir en paz con su padre. Necesitaba un amigo y me tenía a mí. No pude casarme con ella, pero la apoyé todo lo que pude con Joyce. Hice el papel del amigo y padre.

Jace recordó entonces a la madre de Joyce. Había sido profesora en Elmer. Todo el mundo había pensado siempre que era una viuda.

Artie agitó la cabeza.

—Todo podría haber sido diferente si hubiera creído en su amor. Eso es lo que te quiero decir. No necesitas mis consejos. Cuando se encuentra un amor así, uno tiene que hacer lo que estás haciendo tú.

Después de pasar la noche en The Barrel, Celie no quiso volver a casa. Estaba repleta de gente. Además de Polly y sus hijos, su otra hermana, Mary Beth y su esposo iban a llegar con sus trillizos.

—No va a haber boda —insistió Celie.

—Cuando movilizas a unos trillizos no te puedes permitir el lujo de cambiar de planes. Haya boda o no, ellos vienen —dijo Polly.

Algo más tarde, Sloan llegaría en un avión desde México.

Era una ocasión para estar todos juntos que no iban a desaprovechar.

Además, jamás se perderían una boda, fuera o no a tener lugar.

Celie decidió irse al motel que había a las afueras de la ciudad.

Encerrada en una habitación fría y deprimente, que encajaba perfectamente con su estado de ánimo, comenzó a pensar por qué se sentía tan mal.

Estaba haciendo lo adecuado.

Pero sabía que también iba hacerle mucho daño a Jace. Iba propiciar que le ocurriera lo mismo que le había sucedido a ella.

Y no quería que él sufriera. Lo amaba. Por eso, precisamente, no debía casarse con él, ¿verdad?

Celie se tumbó en la cama. Estaba confusa. Ya no sabía qué estaba bien y qué estaba mal.

¿A quién estaba protegiendo, a Jace o a sí misma?

Durante años habría querido haber podido vengarse de él, haberle hecho quedar como un necio. Pero no le había dado la oportunidad, siempre se había puesto a salvo.

Entonces, ¿por qué estaba haciendo aquello, quedando como un estúpido delante de todos?

Porque la quería de verdad.

Celie miró al techo y dejó que las palabras calaran bien hondo dentro de ella, hasta llegarle al corazón. Las había oído antes, de sus labios además. Pero no se las había creído, no había entendido lo vulnerable que lo hacía, ni había sido capaz de ver la profundidad de sus sentimientos.

La amaba.

Eso significaba que confiaba en ella y no solo durante un mes o dos, sino durante el resto de su vida. Jace veía algo en ella que ni ella misma veía.

Tenía razón. No tenía nada que ver con Támara. Aquello era solo de ellos dos, era algo profundo, distinto, basado en el amor, en la confianza mutua.

Celie se dio cuenta de que Jace lo había visto y creía en ello. La pregunta era si ella también.

—Estamos realmente guapos —dijo Artie, mirando a Jace, perfectamente compuesto, pero totalmente pálido y entristecido.

Ambos estaban esperando en la habitación trasera de la iglesia.

Jace empezaba a sentirse enfermo. Se arrepentía de haber llegado a aquel extremo, de haber tratado de forzar las cosas de aquel modo. Debería haber esperado, haber sido persuasivo. Pero no, se había comportado con su habitual cabezonería e insistencia.

Ya era demasiado tarde. Tenía que salir allí fuera y enfrentarse a su vergüenza.

Porque Celie no iba a presentarse.

Se había encontrado a Polly hacía unos minutos y le había dicho que no había visto a Celie desde la noche anterior.

—¿Qué quieres decir? ¡Si vive contigo!

—No volvió a casa después de que nos fuimos de The Barrel —le dijo Polly—.

Dijo que necesitaba estar sola. Se fue a un motel, creo, pero no iba con ningún hombre. Son solo nervios, Jace.

Pero él sabía que no era solo eso, que era mucho más. ¡Dios santo!

La música del órgano comenzó a sonar. Jace, que había estado

contando los minutos ansioso de que llegara aquel momento, deseó en aquel instante que le hubieran dado un par de cientos de hora más.

—Tenemos que salir —dijo Artie.

Jace sintió ganas de vomitar.

—Artie, yo…

—Celie es una buena chica —le dijo Artie—. La mejor. Vamos. Cuanto antes salgamos, antes pasará todo esto.

Jace y Artie se encaminaron hacia el altar. Con el viejo a su lado, se enfrentó a la concurrencia.

La iglesia estaba a rebosar. Recorrió uno a uno los rostros de los invitados.

Hasta Támara y Gavin estaban allí y también los compañeros de crucero de Celie,

¡incluso Gloria Campanella!

El órgano se detuvo. Hubo un pequeño silencio y el párroco salió.

El organista comenzó a tocar *Ya está aquí la novia* y Jace quiso que se lo tragara el suelo.

Las damas de honor fueron las primeras en entrar, con sus largos vestidos y sus pasos medidos.

Pero, ¿por qué no paraban la boda si la novia no había llegado? Podrían decir algo, ¿no? ¿O esperaban que fuera él quien lo dijera?

La última del séquito fue Polly, que se movía con paso sereno, acompasado y la barbilla bien alta.

Jace trató de ver si alguien venía detrás. No vio nada, ni siquiera a Sloan, mucho menos a Celie.

Polly llegó hasta el altar y miró a Jace fijamente. Él notó cierta tristeza, pero su barbilla seguía alta, firme.

El organista siguió tocando y tocando, pero nadie más aparecía en escena. La congregación comenzó a murmurar. Miraban a Jace y al fondo de la iglesia alternativamente.

Y, de pronto… ¡allí estaba ella!

Iba con el pelo revuelto y tenía las mejillas encendidas. Llevaba unos vaqueros y un suéter, pero iba del brazo de un Sloan perfectamente compuesto con su chaqué.

Se acercaban apresuradamente.

Los murmullos crecieron. El párroco tosió. Artie carraspeó. Polly y sus hijas se reían calladamente.

—Se me pinchó una rueda una vez superada mi crisis —le dijo a Jace—. Pero estoy aquí, lista para ser tu esposa.

—Soy todo tuyo —dijo él tomándola de la mano.

El sacerdote asintió, sonrió y comenzó la ceremonia.

—Queridos feligreses, estamos aquí congregados…

Fue una boda inolvidable.

Se habían olvidado de planear una luna de miel.

—No fui capaz de pensar en todo —le explicó Jace una vez de vuelta en casa de Polly después de la boda.

La fiesta había acabado y todos los invitados se habían ido a sus casas.

—Menos mal que te había dejado casi todo organizado —dijo ella.

—Sí, antes de que decidieras abandonarme —dijo Jace.

—Bueno, ahora ya estoy aquí y soy tuya.

—Pruébalo —dijo él.

—Lo haré en cuanto lleguemos a la cabaña.

Taggart Jones, un viejo amigo de Jace, les había ofrecido su casa en la montaña para pasar unos días a solas.

—Pues vayámonos ya —le rogó Jace.

—Tengo que hacer una pequeña maleta y cambiarme de ropa.

—¡Pero si estás bien así! —le aseguró él.

Ella todavía llevaba los vaqueros con los que se había casado.

—Tardaré solo un minuto —Celie subió las escaleras.

Jace se quedó en la cocina esperando y rememorando cómo había sido la boda.

Todavía tenía impresa en las pupilas la imagen de Celie encaminándose hacia él por el pasillo de la iglesia. Había ido hasta él tal y como era. El vestido no importaba, los artificios no eran necesarios. Lo único que importaba era el amor que sentía por él.

El sonido de unos pasos descendiendo por la escalera lo sacaron de su ensimismamiento y lo obligaron a darse la vuelta.

La visión que lo iluminó lo dejó boquiabierto.

Allí estaba ella, bajando con su vestido de novia, con aquellos metros y metros de tela descendiendo escalón a escalón. Estaba increíblemente hermosa y absolutamente inapropiada.

Jace sonrió.

—¡Qué demonios estás haciendo! ¡Si nos vamos a perder en mitad del monte!

Celie se encogió de hombros.

—Lo sé. Pero no podía quedarme sin estrenar el vestido. Además, todos los hombres necesitan un reto en su noche de bodas para saber valorar más lo que tienen.

—¿Un reto?

Celie sonrió sugerente y seductora.

—Sí, cuarenta o cincuenta botones que tendrás que desabrochar. ¿Impaciente?

Fin